



HAL
open science

Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica : cuestiones a debate

Luis Berrocal, Pierre Moret

► To cite this version:

Luis Berrocal, Pierre Moret. Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica : cuestiones a debate. L. Berrocal & P. Moret. Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las fortificaciones protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo., Real Academia de la Historia, Madrid, p. 15-33, 2007, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 28. hal-00723941

HAL Id: hal-00723941

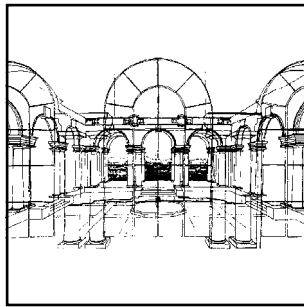
<https://hal.science/hal-00723941v1>

Submitted on 23 Aug 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO
LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS DE LA MESETA
Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA EN SU CONTEXTO EUROPEO



CASA DE VELÁZQUEZ

PAISAJES fortificados de la Edad del Hierro : las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo. Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006) / por Luis Berrocal-Rangel y Pierre Moret, eds. — Madrid : Real Academia de la Historia, 2007. — 356 p. : il. ; 30 cm. — (Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia ; Bibliotheca Archaeologica Hispana ; 28).

D. L. M. 40.815-2007.

1. FORTIFICACIONES — España — S.X-I a.C.
2. LA TENE (Europa occidental).
- I. Berrocal-Rangel, Luis. II. Moret, Pierre. III. Real Academia de la Historia, ed. IV. Título. V. Serie.

Esta obra forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO VIZCAYA ARGENTARIA», «RAMÓN ARECES», «CAJA MADRID», «TELEFÓNICA», «RAFAEL DEL PINO», «ALSTOM», «DELOITTE» y «MAPFRE»

Fundación **BBVA**



Fundación
Ramón
Areces



Telefónica



ALSTOM Deloitte.



Portada: Campo de piedras hincadas, muralla y puerta de Las Cogotas, Ávila (Fotografía: Luis Berrocal).

© LOS AUTORES

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
I.S.B.N.: 978-84-95983-91-6

© CASA DE VELÁZQUEZ
I.S.B.N.: 978-84-96820-10-4

Depósito Legal: M. 40.815 - 2007

Fotocomposición e impresión:

TARAVILLA • Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid

E-mail: taravilla@telefonica.net

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

PAISAJES FORTIFICADOS DE LA EDAD DEL HIERRO

LAS MURALLAS PROTOHISTÓRICAS DE LA MESETA
Y LA VERTIENTE ATLÁNTICA EN SU CONTEXTO EUROPEO

Actas del coloquio celebrado en la Casa de Velázquez (Octubre de 2006)

por

LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET, EDS.

con las colaboraciones de

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS, MARÍA AGUADO, MARÍA AZCONA,
RAQUEL CASTELO RUANO, JUAN BLÁNQUEZ PÉREZ, GERMÁN ESTEBAN, STEPHAN FICHTI,
SOPHIE KRAUSZ, ALBERTO J. LORRIO ALVARADO, SALVADOR MELGUIZO, FERNANDO PRADOS
MARTÍNEZ, FERNANDO QUESADA SANZ, IAN RALSTON, ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA,
ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA, MARIANO TORRES, ÁNGEL VILLA VALDÉS, MAR ZARZALEJOS PRIETO



REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
CASA DE VELÁZQUEZ

MADRID, 2007

**REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES**

Presidente: Excmo. Sr. D. FERNANDO CHUECA GOITIA
Vocales: Excmos. Sres. D. JOSÉ M.ª BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, D. JOSÉ M. PITA ANDRADE
y D. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA

**PUBLICACIONES
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES**

BIBLIOTHECA ARCHAEOLOGICA HISPANA 28

CONSEJO CIENTÍFICO

Presidente:

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, de la Real Academia de la Historia

Secretario y editor:

Prof. Dr. MARTÍN ALMAGRO-GORBEA, Académico Anticuuario de la Real Academia de la Historia

Vocales:

Prof. Dr. JUAN MANUEL ABASCAL PALAZÓN, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante

Dr. D. JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ MARTÍNEZ, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo Nacional de Arte Romano, Mérida

Dr. MIGUEL BELTRÁN LLORIS, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Director del Museo de Zaragoza

Prof. Dr. MANUEL BENDALA GALÁN, Catedrático de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid

Prof. Dr. GERMÁN DELIBES DE CASTRO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Valladolid

Prof. Dr. GUILLERMO FATÁS CABEZA, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza

Prof. Dr. LUIS GARCÍA MORENO, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alcalá de Henares

Prof. Dr. MAURO HERNÁNDEZ, Catedrático de Prehistoria de la Universidad de Alicante

Prof. Dr. MARC MAIER, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Lengua Latina de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. JOSÉ REMESAL, Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Barcelona

Prof. Dr. GONZALO RUIZ ZAPATERO, Catedrático de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid

Dr. D. MANUEL SANTONJA, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares

Este trabajo ha sido realizado en el marco del Proyecto "Las fortificaciones prerromanas de la Península Ibérica. Estudio e inventario de las defensas protohistóricas de la Meseta y la Vertiente Atlántica (Ss. VIII-I A.C.)", BHA2003/02199 del Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	11
por LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET	
PRIMERA PARTE: ESTUDIOS GENERALES	
LUIS BERROCAL-RANGEL y PIERRE MORET	
<i>Las fortificaciones protohistóricas de la Hispania céltica: Cuestiones a debate</i>	15
MARTÍN ALMAGRO-GORBEA y MARIANO TORRES	
<i>Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular</i>	35
FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ y JUAN JOSÉ BLÁNQUEZ PÉREZ	
<i>Las fortificaciones coloniales en la Península Ibérica: De los modelos orientales a los sistemas púnico-helenísticos</i>	57
FERNANDO QUESADA SANZ	
<i>Asedio, sitio, asalto,... aspectos prácticos de la Poliorcética en la Iberia prerromana</i>	75
ARMANDO COELHO FERREIRA DA SILVA	
<i>A evolução do sistema defensivo castrejo no Noroeste peninsular</i>	99
IAN RALSTON	
<i>Celtic Fortifications in the British Isles</i>	113
SOPHIE KRAUSZ	
<i>Les remparts celtiques du Centre de la France</i>	135
STEPHAN FICHTL	
<i>Architectures des remparts celtiques de la Tène Finale dans l'Est de la Gaule</i>	149
SEGUNDA PARTE: ESTUDIOS ESPECÍFICOS	
LUIS BERROCAL-RANGEL y ANTÓNIO CARLOS SOUSA SILVA	
<i>O castro dos Ratinhos (Moura - Alqueva, Portugal): Um complexo defensivo no Bronze Final do Sudoeste peninsular</i>	169
ÁNGEL VILLA VALDÉS	
<i>El Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias) y el paisaje fortificado en la Asturias proto-histórica</i>	191
ALBERTO JOSÉ LORRIO ALVARADO	
<i>El Molón (Camporrobles, Valencia) y su territorio: Fortificaciones y paisaje fortificado de un espacio de frontera</i>	213

	<u>Páginas</u>
JESÚS ÁLVAREZ SANCHÍS <i>El poblado fortificado de la Mesa de Miranda y su relación con el poblamiento prerromano del Valle del Amblés (Ávila)</i>	237
LUIS BERROCAL-RANGEL <i>El poblado fortificado de El Castrejón de Capote y su paisaje: La fortificación de lo Sagrado</i>	255
MAR ZARZALEJOS PRIETO y GERMÁN ESTEBAN <i>La secuencia defensiva prerromana de La Bienvenida-Sisapo (Almodóvar del Campo, Ciudad Real). Los trabajos en el flanco meridional de la fortificación</i>	281
SALVADOR MELGUIZO y PIERRE MORET <i>Las fortificaciones del Bajo Aragón entre los siglos III y I a.C.: Un estilo regional</i>	306
RAQUEL CASTELO RUANO, MARÍA ACONA y MARÍA AGUADO <i>Fortalezas convertidas en museos. Análisis de las estrategias de difusión y gestión del patrimonio fortificado en la Península Ibérica</i>	325

*A María Rosario Lucas Pellicer (1939-2004),
quien inició con nosotros esta singladura y, desde su
eterno magisterio, comanda la llegada a buen puerto.*

El Equipo de Investigación "Las fortificaciones prerromanas".

PRESENTACIÓN

Entre los procesos históricos que propiciaron el nacimiento de la ciudad en el Occidente europeo, la necesidad de las comunidades protohistóricas de garantizar la estabilidad social y territorial favoreció la participación organizada y vinculada en la realización de grandes construcciones colectivas. Si, en los primeros momentos, éstas fueron de naturaleza eminentemente religiosa, como los megalitos, a lo largo del Primer milenio a.C., las comunidades pre-estatales volcaron sus energías y conocimientos en la edificación de murallas, fosos y otras defensas que delimitaban el espacio habitado.

Las murallas se configuraron, así, en las mayores obras emprendidas por los primeros europeos hasta el momento, acaparando, con ello, sus conocimientos estratégicos, habilidades técnicas y valores simbólicos, sociales y religiosos, que permiten considerarlas como lo que han sido hasta hace escasas generaciones, los verdaderos “rostros pétreos” de las comunidades.

La importancia social e histórica de estas primeras murallas en el nacimiento de la ciudad, ésta como emblema de la comunidad estatal, es bien conocida en la Europa protohistórica y en la España mediterránea, o “ibera”. Por el contrario, en las comarcas peninsulares del Interior y de la Vertiente atlántica, se constataba una carencia de estudios paralelos que recopilasen y analizasen los conocimientos e interpretaciones sobre sus construcciones defensivas de Época protohistórica.

Como respuesta a esta carencia, el lector tiene entre sus manos las actas de un coloquio celebrado en la Casa de Velázquez durante el mes de Octubre de 2006.

No se ha pretendido que éstas sean un compendio de aportaciones, más o menos relevantes, sobre el tema tratado, como a menudo sucede en la Investigación arqueológica e histórica en general. Por el contrario, los organizadores de este Coloquio han procurado abordar el tema con una concepción metodológica integrada y encaminada a la resolución de problemas conjuntos que supongan un avance notable en nuestro grado de comprensión y conocimientos sobre el hecho social, técnico y cultural que supuso la generalización del poblamiento amurallado.

Del mayor o menor grado del éxito alcanzado en este objetivo, las investigaciones venideras juzgarán, pero, por el momento presente, el lector cuenta ya con un trabajo que es fruto de un proyecto conjunto, en el que participaron desde su inicio un grupo cohesionado de especialistas en la Arqueología protohistórica peninsular y en el que se ha sumado, al final, otro mayor de investigadores venidos de otros territorios europeos y peninsulares, con el fin de enriquecer los diferentes enfoques, análisis y conclusiones.

El proyecto de investigación inicial se gestó dentro del Plan General del Conocimiento de la Dirección General de Investigación del Ministerio de Educación y Ciencia (Proyecto BHA2003-02199). En él participó, inicialmente, la catedrática de Prehistoria, profesora María Rosario Lucas Pellicer de la UAM quien, con su amplio curriculum y experiencia investigadora, fue una aportación funda-

mental a la hora de lograr la concesión del proyecto en 2003. Pero su inesperada partida final, a los pocos meses del inicio de éste, nos privó de su sabiduría y de la calidad de la aportación que se le había destinado, dedicada al estudio de los valores ideológicos y religiosos inherentes a la construcción y uso de las murallas. Los firmantes de estas páginas han intentado mantener su testigo en alto, integrándolo en la aportación generalista que abre esta obra, como la Dra. Castelo y su equipo han hecho, también, en la última, dedicada al estudio de los valores sociales y patrimoniales de estas construcciones desde el análisis de las diferentes políticas aplicadas por las administraciones autonómicas españolas. Hemos dedicado, de acuerdo con el resto del Equipo de investigación, estas actas a su memoria, con la intención de unir su nombre al último proyecto en el que participó y evitar, en la medida posible, su aparente ausencia.

Los profesores Álvarez-Sanchís (Universidad Complutense), Castelo (Universidad Autónoma de Madrid), Lorrio (Universidad de Alicante) y Zarzalejos (Universidad Nacional de Educación a Distancia) integraron, también, este grupo inicial, a los que vino a sumarse el Dr. Ángel Villa Valdés, miembro destacado del Servicio de Arqueología del Principado de Asturias y Director del Parque Arqueológico del Navia. Entre todos se abordaron estudios específicos, desde una metodología común de partida, sobre yacimientos paradigmáticos de la Protohistoria peninsular, con el fin de asentar un cuerpo de datos que permitiera futuros ensayos de síntesis y abriera nuevas líneas de investigación. Se abordaron, en profundidad, los estudios de las murallas y elementos defensivos de los poblados de Ratinhos (Moura, Portugal), Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias), El Molón de Camporrobles (Valencia-Cuenca), La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila), El Castrejón de Capote (Higuera la Real, Badajoz), La Bienvenida (Almodóvar del Campo, Ciudad Real) y Palermo-El Palao de Alcañiz (Teruel), abarcando así gran parte del ámbito territorial de estudio. Se procuró, además, ampliar estos estudios al entorno de los yacimientos, desde los accesos inmediatos hasta los contextos comarcales y regionales. Este enfoque territorial ampliado fue uno de los aspectos más importantes del proyecto, y por ello nos hemos atrevido a introducir en el título del coloquio la expresión “paisajes fortificados” que, aunque no sea rigurosamente exacta, expresa como metáfora el objetivo que nos habíamos fijado.

De igual forma se acudió a la participación de un nutrido grupo de investigadores españoles y europeos que aportaron síntesis comparativas de los ámbitos geográficos y culturales vecinos al nuestro de estudio, el territorio atlántico y meseteño de la Península. A. C. Ferreira da Silva (U. Porto), S. Fichl (U. Tours), S. Krausz (U. Bordeaux III), I. Ralston (U. Edinburg) y A. C. Sousa Silva (Instituto Portugués do Património Arquitectónico), junto con M. Almagro-Gorbea y M. Torres (U. Complutense), J. Blánquez, F. Prados y F. Quesada (Universidad Autónoma), S. Melguizo, M. Aguado y M. Azcona enriquecieron las conclusiones de este Coloquio, celebrado en el marco del convenio para la colaboración docente e investigadora entre la Casa de Velázquez y la Universidad Autónoma de Madrid. Por último, la Real Academia de la Historia nos hizo el honor de acoger estas actas para su publicación dentro de la prestigiosa Bibliotheca Archaeologica Hispana, en coedición con la Casa de Velázquez.

Los editores queremos expresar, por último, nuestro particular agradecimiento tanto al Prof. Dr. Gonzalo Anes y Álvarez de Castrillón, Director de la Real Academia de la Historia, como al director de la Casa de Velázquez, Dr. Jean-Pierre Étienne, y Plan Nacional de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica del Ministerio de Ciencia y Tecnología de España, que han facilitado la realización de esta publicación.

LUIS BERROCAL-RANGEL
Universidad Autónoma de Madrid

PIERRE MORET
Casa de Velázquez

PRIMERA PARTE
ESTUDIOS GENERALES

LAS FORTIFICACIONES PROTOHISTÓRICAS DE LA HISPANIA CÉLTICA. CUESTIONES A DEBATE

LUIS BERROCAL-RANGEL / PIERRE MORET

Universidad Autónoma de Madrid / E.H.E.H. Casa de Velázquez

ABSTRACT

Recent finds and researches on Iron Age walls of the Meseta and Atlantic part of Iberian Peninsula allow us to review the origins, development and relationships of protohistoric fortifications in Celtic Iberia. Taking into account different approaches of Celticity in the Iberian Peninsula as well as internal cultural processes, the authors address several issues such as chevaux-de-frise, vitrified walls and dry-stone walls with internal crosswalls or compartments, discussing possible Atlantic and Mediterranean relationships.

RESUMEN

Recientes hallazgos y revisiones sobre las murallas protohistóricas de la Meseta y la Orla atlántica peninsular sirven de partida para una revisión de nuestros conocimientos sobre el origen, el desarrollo y la difusión de las técnicas y conocimientos aplicados a la fortificación del poblamiento en la Hispania céltica. Desde los diferentes enfoques interpretativos sobre la celticidad peninsular, siempre admitiendo su desarrollo cultural específico, los autores abordan temas a debate como las murallas vitrificadas peninsulares, los campos de piedras hincadas o las murallas de módulos y cajones, y a relación de éstas con las casamatas y otras aplicaciones técnicas de origen atlántico y mediterráneo.

1. LA CELTICIDAD PENINSULAR, CLAVE DEL CONOCIMIENTO PROTOHISTÓRICO

A inicios del siglo XXI, pasados quince años del magno acontecimiento cultural que supuso la muestra *I Celti. A prima Europa* celebrada en Venecia (Moscati, 1991), que pretendía comprender el celtismo peninsular desde ópticas cercanas a las centroeuropeas, nuestros conocimientos sobre la Protohistoria de la Península Ibérica siguen adoleciendo de las principales dudas que nacieron entonces de la confrontación entre el arte y la cultura material de los celtas de la Península y las del mundo hallstático o lateniense.

Las defensas de las poblaciones protohistóricas de la Hispania céltica —murallas, fosos, torres, piedras hincadas, etc.— no son ajenas a esta problemática y a estas dudas. Plantean cuestiones de muy difícil resolución, como por ejemplo la del origen y difusión de las barreras de piedras hincadas («chevaux-de-frise»), cuyos paralelos en Centroeuropa son demasiado escasos como para mantener el paradigmático papel

de fósil celtizador que se les adjudicaba (Alonso *et al.* 2003). Igual planteamiento parece deducirse de algunos ejemplos septentrionales de murallas de piedra y madera, excavados de antiguo y sin datos que permitan comparar sus resultados (Moret 1991: 14 ss.). E incluso soluciones tan «atlánticas» como las murallas de módulos astures, por ser supuestas innovaciones de estos pueblos indígenas, han sido re-interpretadas como derivación extrema de las murallas de cajones mediterráneas, ampliamente dispersas por el Sur y el Centro de la Península (Camino Mayor, 2000).

Como respuestas a tales dudas se han potenciado las interpretaciones autoctonistas, que valoran especialmente las capacidades innovadoras de las poblaciones del Interior peninsular (los *chevaux de frise* serían soluciones propias de pueblos con abundancia de piedra en sus entornos, como aquellos en los que proliferan en la Península: Alonso *et alii*, 2003). De igual forma se apoyan interpretaciones a *longue durée* (la celticidad peninsular es consecuencia de un largo proceso de aculturación y poblamiento desde el Calcolítico:

Almagro-Gorbea 1994-a y 2001), o difusionista, pero siempre de procedencia mediterránea (las murallas de cajones son préstamos fenicios o púnicos, ya presentes en época tartésica: Ruiz Mata *et alii*, 1998; Escacena y Fernández Troncoso, 2002; Rodero Olivares, 2005...), adjudicando los fenómenos de mayor dificultad interpretativa a una época avanzada y a la influencia de la presencia romana.

El problema estriba en la escasa consideración que se atribuye a las relaciones con el resto de la Europa Occidental, fuera de Portugal o Italia (Etruria, Campania...), escasez evidente si se compara con el papel omnipresente adjudicado a los fenicios. Y esto es especialmente claro cuando se comprende que, ni desde la óptica de las poblaciones prehistóricas ni desde la de los pueblos civilizados mediterráneos, los Pirineos fueron frontera de nada¹. Pero a diferencia de las relaciones rastreables en la arqueología de civilizaciones estatales mediterráneas, las manifestaciones arqueológicas y epigráficas de los pueblos centroeuropeos conocidos como celtas son mucho menos explícitas y, sin duda por intereses extraños a la mera investigación histórica o por «ingenuidad» histórica, han sido mal interpretadas hasta la exageración tanto dentro como fuera de España (Hill, 1995; James, 1999; Collis, 2003).

En la actualidad, el carácter cultural y étnico de las poblaciones prerromanas del Interior peninsular, por contraposición con la naturaleza mediterránea compartida por iberos y otras culturas ribereñas del *Mare nostrum*, es incuestionable (Almagro-Gorbea, Mariné y Álvarez Sanchís, 2001; Jimeno, 2005; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005; Moret, 2004). Y su desarrollo autóctono, con elementos compartidos con Centroeuropa y con el Mediterráneo tampoco es cuestionado, aún siendo de comprensión difícil, más por el carácter complejo y poligénico de estas culturas que por la inexistencia de unos valores culturales asumidos con anterioridad.

Así la celticidad hispana se entronca en un proceso peninsular específico donde los fenómenos de convergencia con el resto de la Europa atlántica y alpina pueden explicarse, al menos parcialmente, por un trasfondo poblacional y lingüístico común. El profesor Almagro-Gorbea planteó hace años la celticidad peninsular como resultado de un proceso de «longue durée» (1992), a semejanza de lo planteado por Barry Raftery para Irlanda con su *Cumulative Celticity* (1973), pero con la gran ventaja que supone la existencia de testimonios históricos sobre los celtas hispanos en los escritores greco-latinos y de una documentación epigráfica en lengua céltica (Villar *et alii*, 2001; Koch, 1979), y basándose en la importancia cultural del complejo meseteño llamado «Cogotas I», hoy claramente adscrito al Bronce occidental europeo o Atlántico (Delibes y Montero, 1999).

Esta interpretación ha sido matizada posteriormente por su autor, y por otros investigadores (Almagro-Gorbea, 2001: 102; 110-111; Lorrio, 1997: 260; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005: 176), en el sentido de que el substrato protocelta no sería la explicación única del proceso, volviendo a valorizar una propuesta anterior que había focalizado el origen de los celtas peninsulares en la llegada de pueblos de Campos de Urnas por el Pirineo oriental (Ruiz Zapatero 1985), a pesar de los problemas metodológicos que conlleva esta propuesta.

En efecto, lo que se suele llamar Campos de Urnas es una construcción arqueológica, basada en datos heterogéneos, que tal vez deba más a la historiografía del siglo XX que a una realidad étnica concreta. Vamos desencaminados cuando, para explicar el aislamiento de los pueblos de lengua celta en el centro y oeste de la España prerromana, queremos preservar a toda costa la idea de un *continuum* étnico y lingüístico original, roto más tarde, por una razón u otra. Creemos, por el contrario, que una comunidad céltica (tribu, pueblo o fracción de pueblo) pudo perfectamente, en fechas y circunstancias desconocidas, hacer un largo camino por el sudoeste de Europa sin dejar el mínimo rastro de su paso antes de instalarse definitivamente en el interior de España, siempre, por supuesto, que el desplazamiento se hubiese producido en un espacio de tiempo relativamente corto (Moret 2004: 104; cf. Marco, 2004). Esta circunstancia puede explicar algunos de los rasgos y materiales (como el ritual de cremación con ajuar destruido, el gusto por las espadas de antenas, por fíbulas de caballito y de apéndices de botón, por cerámicas con decoraciones en relieve y con apliques plásticos...— fechados entre los siglos IX y V a. C.), que se han querido identificar como traídos por las gentes de «Campos de Urnas tardíos».

En cualquier caso, las hipótesis vigentes no dan respuesta completa a la complejidad cultural que encuentran los romanos al iniciar la Conquista de la Meseta y de los confines atlánticos peninsulares.

2. EL DESARROLLO PLURICULTURAL DE LA ARQUITECTURA DEFENSIVA HISPANOCELTA

Como sería de esperar, el resultado de este proceso poligénico es un crisol de culturas con parámetros claramente diferenciados, aún cuando comparten ciertos elementos de carácter social, ideológico y económicos, así como lingüístico que permiten considerarlas ambiguamente como «hispanoceltas» (Almagro-Gorbea, 2005; Lorrio y Ruiz Zapatero, 2005) – (Fig.: 1).

El viejo y multicultural trasfondo indoeuropeo del Calcolítico y la Edad del Bronce, básicamente de naturaleza indígena pero fuertemente condicionado por relaciones ancestrales con la Europa atlántica y alpina, deja su impronta en diferentes ámbitos y con di-

¹ Véanse por ejemplo las interesantes conclusiones aportadas por Marcotte (2006: 34).

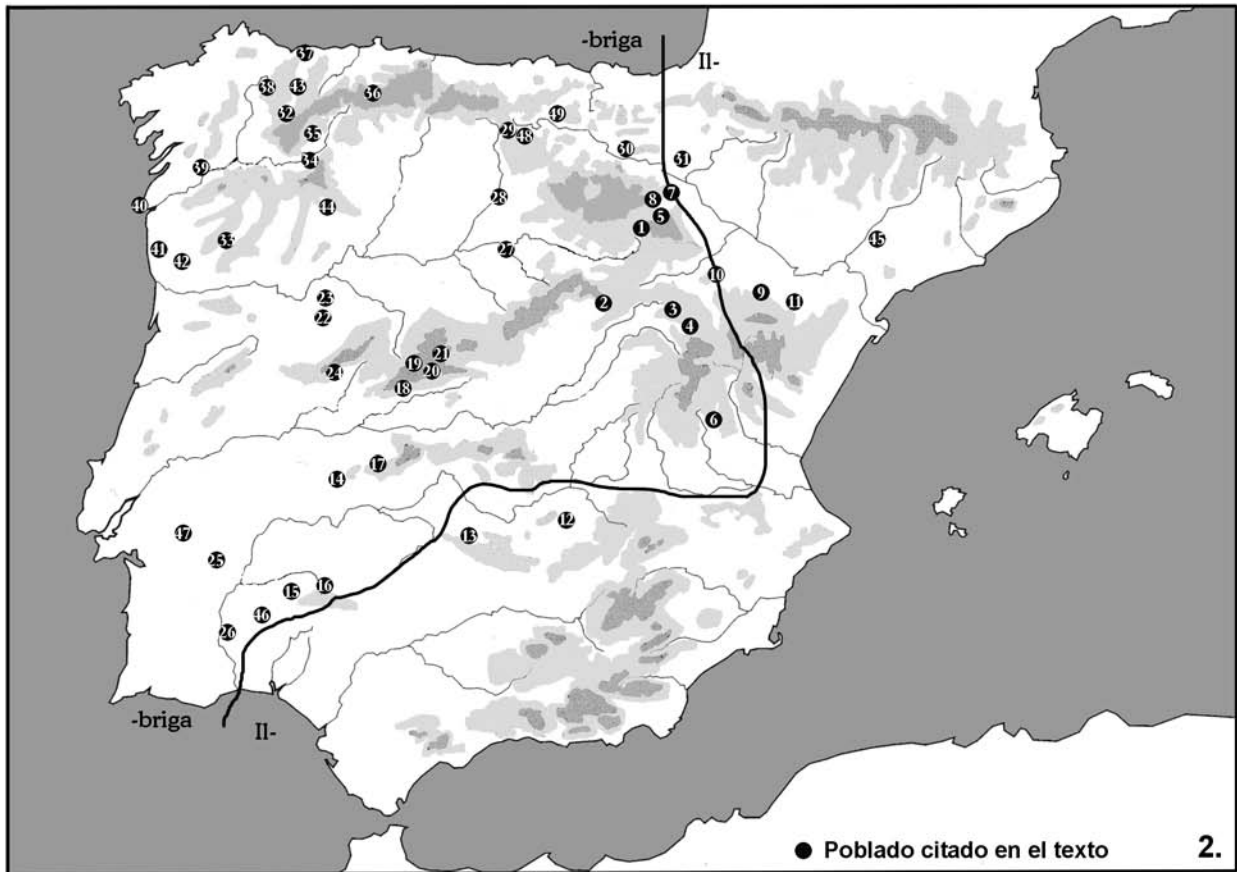
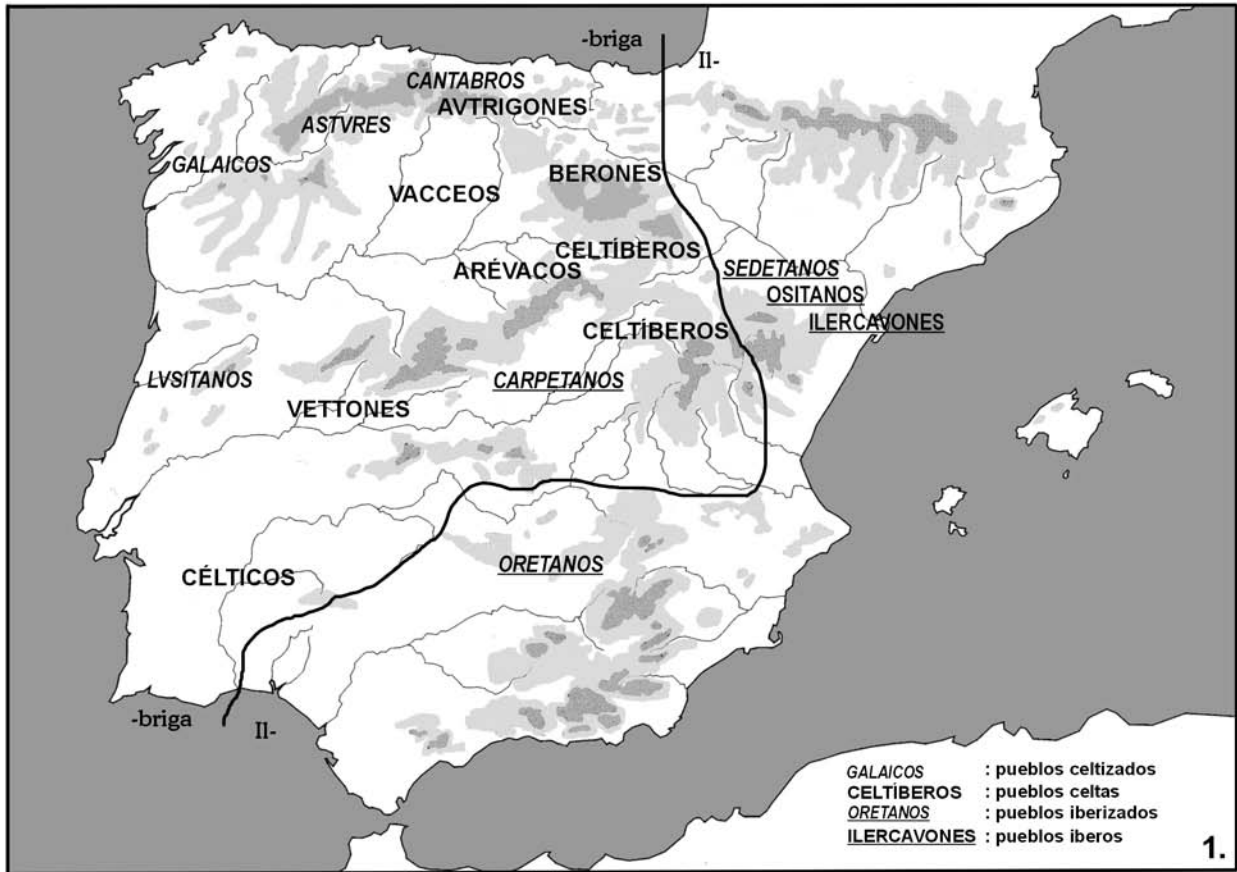


FIGURA 1.—1: Pueblos hispanoceltas y vecinos; 2: Principales poblados citados y frontera lingüística del Indoeuropeo según la dispersión -briga e Il- a partir de Untermann.

ferente intensidad en toda la Vertiente atlántica (Meseta incluida) de la Península, a veces alterado por diversas relaciones y presencias transpirenaicas y mediterráneas. Aunque su comprobación arqueológica es difícil y sigue siendo objeto de debate, las primeras tuvieron sin duda una gran importancia a lo largo del primer milenio a.C. Entre las segundas, la ruta tradicional del Occidente conocida como «Vía de la Plata» parece haber servido de camino interior durante toda la Prehistoria Reciente y, especialmente, durante la Edad del Hierro, sirviendo de cauce de expansión de las ideas y los materiales fenicios. Lógicamente no fue el único eje de relación mediterránea: los valles del Ebro, el Segura y el Vinalopó abrieron otras rutas trascendentes al Mediterráneo, cuyas consecuencias se observarán tanto en la gestación de la Cultura celtíbera en el valle del Ebro (Lorrio, 1997; Burillo, 1998), como en las poblaciones iberizadas de la Meseta Sur (Oretanos y Carpetanos, respectivamente: Benítez, Hevia y Esteban, 2004).

Lógicamente en territorios del Ebro, estas «influencias» mediterráneas serán más perceptibles dando lugar a desarrollos culturales indígenas de naturaleza especialmente mutable, llena de procesos de avance, posibles rupturas y desarrollos tecnológicos y sociales de entidad. Por el contrario, en las tierras más alejadas del Noroeste, la continuidad y la perduración de materiales y costumbres será la tónica dominante llegando incluso en la forma de Cultura Castreña a sobrevivir al Período romano en *Hispania* (Arias Vila, 2002). Por el contrario, las tierras del Duero, Tajo y Guadiana reflejan una mezcla desigual donde el trasfondo «atlántico» se ve alterado por la tradición orientalizante y por la expansión de la Cultura celtibérica al menos desde finales del siglo VI a.C. (Álvarez Sanchís, 2003: 27 ss). Mucho más clara es la llegada de pueblos meseteños al Suroeste peninsular, propiciando desde inicios del IV a.C., la formación y el desarrollo de un complejo cultural tan definido como los llamados Célticos del Guadiana y la Beturia (Berrocal-Rangel, 1992; 2005). Estos tres grandes ámbitos son afectados por unas características culturales específicas que tienen su correspondencia en el amplio substrato indoeuropeo confirmado desde la lingüística (Villar, 2000; Untermann, 2001) y vienen a representar el concepto albergado tras los términos «Hispania Céltica».

Este planteamiento tripartito y generalista fue propuesto por M. Almagro-Gorbea al sintetizar el «urbanismo» de la Hispania Céltica (1994), y nos sirve de marco de partida para nuestro ensayo de síntesis sobre sus fortificaciones, con la salvedad de que, por nuestra parte, preferimos distinguir cuatro grandes ámbitos culturales.

En ellos hemos enmarcado el estudio de las construcciones defensivas, planteando las principales cuestiones y dudas que han surgido en el desarrollo de nuestro proyecto.

De Este a Oeste, y de Sur a Norte, encontramos los siguientes ámbitos (Fig.: 1):

1. Los pueblos celtíberos y celtiberizados (Celtíberos, pelendones...):

En el Valle alto y medio del Ebro, y en el Alto Duero, los patrones constructivos heredados de las tradiciones de la Edad del Bronce se unifican progresivamente a partir del siglo IV a. C., primero con la generalización de la planta cuadrangular y, segundo, con la aparición de un «urbanismo» lineal de trama compleja que, siguiendo los patrones anteriores del Bajo Ebro, tiende a cubrir toda el área habitable mediante el desarrollo de casas adosadas a lo largo de calles más o menos longitudinales (tipo «numantino»). Los zócalos de mampostería, a veces con el uso de un aparejo «ciclópeo», sirven de base al desarrollo vertical de paredes de adobe y tapial, con una calidad técnica que, si bien no puede tildarse de extraordinaria, demuestra el conocimiento y el uso del sillar en los casos que se consideran necesarios o convenientes (Lorrio, 1997: 79 ss).

Este desarrollo, magníficamente sintetizado por F. Burillo (1998), tiene su contrapartida en la relativamente rápida dispersión de fortificaciones que podríamos denominar, por planimetría y recursos conceptuales, como «complejas». Esto, además, se refuerza cuando se comparan con los primeros poblados amurallados del Hierro Antiguo, meras superficies cercadas por anchos muros de mampostería sin otros recursos que la adición exterior de paramentos múltiples y bastiones, y, en algunos casos, la presencia de masivos «chevaux de frise» como se observa en los castros sorianos estudiados por F. Romero (2003) – (Fig.: 1.2, nº 1, 2). Se comprende así que durante el siglo V a. C. surjan, en las vías de contacto con el Mediterráneo, poblados definidos con murallas cuyas plantas reflejan la existencia de verdaderos bastiones, posibles torres e incluso sencillos trazados en cremallera propios de una poliorcética extraña a los precedentes del Hierro Antiguo. Por ejemplo, los casos de La Coronilla y El Ceremeño (Guadalajara: Cerdeño y Martín 1995, Cerdeño 2005) tienen su proyección en la impresionante fortaleza de El Molón de Camporrobles, construida a partir de finales del siglo V a. C. (Cuenca-Valencia), con su acceso defendido por una puerta-torre y foso intermedio, y con el camino de carros protegido por una muralla de paramento ciclópeo (Lorrio, 2001 y *vide infra* en este volumen) – (Fig.: 1.2, nº 3, 4 y 5). Posteriormente, a lo largo de los siglos IV a II a. C., los poblados celtibéricos crecen en superficie y en complejidad defensiva, extendiéndose el desarrollo de grandes murallas protegidas por imponentes fosos como el de Inestrillas (La Rioja: Hernández Vera, 2005: 133) o por bastiones y requiebros en las puertas, como en Castilmonlán (Soria: Arlegui, 1992). Y, posiblemente, por torres como la reconocida en San Pedro de Oliete (Vicente *et alii*, 1985: 71-72, fig.: 4, lám.: I) – (Fig.: 1.2, nº 7-9).

Parece que es, ésta, la fase de mayor pujanza de las fortificaciones celtíberas, época en la que se expandirán hasta confines muy alejados, de los que quizá sean ejemplo las murallas de Villasviejas del Tamuja (Cáceres: Hernández Hernández *et alii*, 1989; Martín Bravo, 1999: 196-199) y del Castrejón de Capote (Berrocal-Rangel, 1994; *vide infra* en este mismo volumen), ambos poblados en la Extremadura española e históricamente relacionados con los Celtíberos. Murallas con cortinas de cajones, fosos frente a las entradas, bastiones cuadrangulares y posiblemente torres definirían una poliorcética celtibérica tardía con cierta complejidad y calidad constructiva, capaz, en algunos lienzos del siglo II a. C., de disponer de muros con magníficos sillares perfectamente escuadrados, como los de Segeda II (Zaragoza: Burillo, 2003) – (Fig.: 1.2, nº 10 y 11). Son ejemplos que demuestran una clara habilidad edilicia capaz de rivalizar con los mejores albañiles del Mediterráneo contemporáneo.

Y lógicamente más al Sur, en ámbitos que ya no pueden considerarse celtiberizados aunque dentro de la Vertiente atlántica peninsular lingüísticamente indoeuropea, esta influencia mediterránea se traduce en una verdadera presencia de sus constructores, cuya huella se hace sentir palpablemente. Carpetanos y Oretanos, fuertemente iberizados en sus costumbres desde inicios del siglo V a. C. (Almagro-Gorbea, 1976-1978; Pereira *et alii*, 2003; Benítez *et alii*, 2004), nos presentan no sólo fortificaciones de una complejidad similar a las celtibéricas citadas, como son las murallas del Cerro de las Cabezas (Vélez *et alii*, 2004) – (Fig.: 1.2, nº 12), sino verdaderas construcciones defensivas inspiradas en patrones tardohelenísticos. Es el caso estudiado por M. Zarzalejos y G. Esteban en este mismo volumen, de la muralla de casamatas de La Bienvenida, la *Sisapo* de los túrdulos betúricos (*vide infra*) – (Fig.: 1.2, nº 13).

2. Los pueblos del Occidente peninsular (Célticos, Vettones, Lusitanos):

Si entre los Oretanos iberizados y los Celtíberos, la poliorcética se desarrolla a partir del siglo V a. C. en términos de complejidad, tanto conceptualmente como en menor sentido técnicamente, entre sus vecinos pueblos occidentales, el amurallamiento presenta ciertos síntomas de retardo que se hacen más patentes cuando se analizan las calidades técnicas de sus murallas.

En efecto, hemos citado los casos de Villasviejas del Tamuja (Cáceres), entre los vettones meridionales del Tajo, y de Capote (Badajoz), entre los Célticos de la Beturia, ambos yacimientos con relaciones celtibéricas y meridionales según los textos históricos y sus materiales arqueológicos. Ambos muestran poderosos fosos en los flancos más accesibles, murallas con trazados complejos auxiliadas con torres y bastiones en esquinas, puertas defendidas y, en el caso de Capote, una espectacular cortina amurallada de cajo-

nes protegida por un camino de ronda exterior cubierto por antemuro (Berrocal-Rangel, 2006 y *vide infra* en este mismo volumen) – (Fig.: 1.2, nº 14 y 15). Incluso las recientemente excavadas murallas de El Raso nos muestran un patrón que puede ser recurrente en este sector, los encintados protegidos con bastiones o torres cuadrangulares regularmente emplazadas a lo largo de su recorrido (Fernández Gómez, 2005), a la manera de lo documentado en la Beturia Céltica en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Fernández Corrales *et alii*, 1988) – (Fig.: 1.2, nº 16 y 18). Es un modelo demasiado sencillo para indicar un origen concreto, fácilmente policonvergente, aunque recuerda en mucho a las murallas urbanas de turdetanos y tartesios (Ruiz Mata *et alii*, 1998; Escacena y Fernández Troncoso, 2002). Todos estos esquemas pueden remitir al Mediterráneo, o al contemporáneo desarrollo celtibérico, pero las calidades constructivas de estas edificaciones, realizadas con mampostería a seco o trabada con barro, deja mucho que desear y se equiparan con cualquier otro poblado contemporáneo del Tajo y del Guadiana Medio. Así entre los Célticos, y entre los Vettones, la trama urbana se configura mediante el alineamiento de casas adosadas que conforman calles, una organización que recuerda a la celtibérica. Así se observa en La Mesa de Miranda, El Raso de Candelada, Villasviejas del Tamuja, La Coraja o el mismo Castrejón de Capote. La orografía tan irregular de Las Cogotas implicó un fuerte grado de adaptación urbanística, pero La Mesa de Miranda y El Raso confirman que un patrón «ordenado» debía ser más habitual de lo que se supone (p.e. en Álvarez-Sanchís, 2001: 38). Sólo Ulaca, sin embargo, responde a un modelo más disgregado, quizá reflejo de influencias foráneas, como también indicarían su conocida «sauna» y su ocupación tardía – (Fig.: 1.2, nº 17-21).

Pero, pese a todo, el tipo de amurallamiento en estas tierras del Tajo y Guadiana conserva claros elementos arcaizantes. Uno de ellos, quizá el más perceptible, es el uso de bastiones de planta curvilínea en los castros y *oppida* vettones de Ávila y Salamanca. Ciertamente es que compaginan su presencia, desde el siglo III a. C., con otras defensas de planta cuadrangular, pero esta mezcla parece permanecer hasta la Conquista romana, o incluso más allá, como se podría observar en Yecla de Yeltes o Las Merchanas (Salamanca: Martín Valls, 1983) – (Fig.: 1.2, nº 22 y 23). Sólo así se comprende la aparición entre célticos y vettones de poblados con piedras hincadas y de murallas vitrificadas que parecen fecharse en épocas muy tardías, propias de la Conquista romana (Berrocal-Rangel, 2003). Así serían los castros de Monte Novo (Alto Alentejo: Burgess *et alii*, 1999; Correia y Burgess, 2004) y Passo Alto (Baixo Alentejo: Soares, 2003), entre los Célticos, y del Gasco (Cáceres), entre los vettones (Martínez Díaz, 2003). – (Fig.: 1.2, nº 24-26). Sobre el apasionante tema de las primeras «murallas vitrificadas» conocidas en la Península, por usar el

término traducido del conocido artículo de Olivier Buchenschutz e Ian Ralston «Les fortifications des Âges des Métaux» (1981), volveremos más adelante.

Yecla es, además, paradigma de un conjunto de poblados amurallados muy característico del ámbito más noroccidental de este extenso territorio: Los castros de Las Arribes del Duero, dotados de campos de *chevaux de frise*, y de grandes murallas de trazados sencillos y aparejos cuasi ciclópeos. Esta es otra de las características del ámbito occidental, el uso de mampuestos y sillares de gran tamaño, en ciertos casos verdaderos ortostatos ciclópeos (La Mesa de Miranda, Cillán). Este rasgo, el gran tamaño, se observa en la práctica totalidad de los castros vettones y célticos, por no citar los mal conocidos lusitanos: se trata de murallas adaptadas al terreno, incluso cortadas por imponentes canchales y barrancos, con bastiones de planta curva, paramentos múltiples y aparejo irregular de mampuestos careados colocados a seco. Se compaginan, estas construcciones, con otros lienzos rectilíneos, revestidos a veces de sillares, con torres o bastiones cuadrangulares colocados junto a las entradas o en los puntos más relevantes del recinto amurallado. Esta combinación de tradiciones edilicias no hace sino revelar la naturaleza ambivalente de esta zona, entre una poliorcética de concepción mediterránea, propia de Celtíberos y Oretanos, y otra mucho más sencilla y enraizada en los precedentes del Bronce Final, como se califica el amurallamiento de la Cultura Castreña del NW.

3. Los pueblos de la Meseta Norte (Vacceos, Berones, Autrigones):

Con un desarrollo paralelo al Occidental acabado de ver, los principales pueblos del Norte de la Meseta muestran claras analogías derivadas del importante proceso celtiberizador que sufrieron. Este proceso es tan claro entre los berones de La Rioja que son comúnmente incluidos entre los pueblos celtíberos (Burrillo, 1998: 182-186; Gómez Fraile, 2001: 95-98 y 124).

El poblamiento vacceo, autrigón y berón, a juzgar por poblados como Las Quintanas de Padilla de Duero (Valladolid), La Hoya de Laguardia (Álava) o Las Eretas (Navarra), muestra el uso de tramas complejas bien ordenadas y encauzadas por calles formadas por casas adosadas al estilo «numantino», entre los siglos V y I a. C. (Centeno *et alii*, 2003; Llanos, 2002; Armendariz, 1998) – (Fig.: 1.2, nº 27 y 30 - 31). Sin embargo son poblados dotados de fosos y murallas de características muy singulares, quizá destacadas y condicionadas por el uso tradicional del adobe, del tapial o de la tierra prensada, materia prima típica de estas tierras.

En efecto el uso de fosos perimetrales, documentados en Las Quintanas de Padilla o en Valoria la Buena (Valladolid: Sacristán *et alii*, 1995: 344 ss; Sanz Mínguez *et alii*, 2003: 53 ss.) – (Fig.: 1.2, nº 28), y sus trazados simples y amplios, sin elementos de flanqueo fuera de alguna «torre» o gran «bastión» como el lla-

mado «Castillejo de Monte Bernorio» (Burgos: Esparza, 1982; Palol, 1964) – (Fig.: 1.2, nº 29), indican una tradición constructiva diferente a la celtibérica y menos determinada por los contactos con el Mediterráneo, no obstante el uso del adobe como materia prima (Berrocal-Rangel 2004: 36-38, fig.: 1.1). De estas tierras, ricas en suelos arcillosos, se aprovecha este material como recurso edilicio desde el inicio de la Prehistoria Reciente y, por ello, no puede observarse otra consecuencia cultural más que la que podría inferirse del uso de la piedra y de la madera, a la manera de *murus gallicus* de César, que se propuso para el citado Castillejo de Monte Bernorio (Esparza, 1982; matizaciones en Moret, 1991: 19).

En efecto, una de las características más singulares de este ámbito es el polémico reconocimiento de murallas construidas con técnicas similares a las del área lateniense, algo que hoy sería fácilmente explicable si se conjugan dos factores: la relativa modernidad de los casos conocidos, fechados entre los siglos II y I a. C. es decir en los tiempos de la conquista romana cuando los movimientos de tropas y de personas permitieron la llegada de nuevos modelos o influencias, y por otra parte la existencia en el norte de la Península de una vieja tradición arquitectónica que emplea técnicas mixtas de construcción en madera y piedra, incluso para las murallas, como vamos a ver a continuación.

4. Los pueblos del Norte peninsular (Galaicos, Astures, Cántabros):

De hecho, la presencia de murallas de piedra y madera en la Orla atlántica peninsular está atestigüada desde mucho tiempo antes. Así, igual que se documentan campos de *cheveaux de frise* en castros del siglo VI e incluso VII a. C., aparecen las primeras murallas de madera en el siglo VIII a. C.

El caso mejor conocido es el que compete a la ocupación del Bronce Final del Chao Samartín (Grandas de Salime, Asturias: Villa, 2001; 2003; y *vide infra* en este mismo volumen) – (Fig.: 1.2, nº 32). En este importante castro, situado entre Asturias y Galicia, Á. Villa pudo documentar una espectacular muralla de tres metros de grosor, construida con piedras contenidas en una gruesa estructura de madera y defendida en alguno de sus tramos por un foso de sección en «V». De todo ello sólo han quedado las oquedades de los gruesos postes principales de la muralla, además del foso, y de los restos de madera hallados en los primeros y de los depósitos orgánicos que cubrían el segundo se han obtenido fechas radiocarbónicas suficientemente elocuentes (Villa 2003: 146 ss.).

La constatación de una muralla de piedra y madera en el Chao Samartín no puede considerarse una excepción, dado que el resto del castro no indica que fuese un poblado de especial entidad, aunque su ocupación alcance el Período romano. De hecho, el Chao no presenta otros restos amurallados de importancia

hasta varios siglos después, cuando hacia el 400 a. C., se dota de una espectacular muralla de mampostería defendida por un gran foso. Un rasgo especialmente importante en este poblado es la afortunada comprobación, gracias a sus detalladas excavaciones, de que presenta una modulación más aparente que real, pues sólo afecta al paramento exterior de esta muralla prerromana (Villa Valdés, 2002: 180). El dato nos permite especular sobre las funciones de sus módulos, tan característicos del poblamiento astur entre el siglo VI a. C. y el I d. C., y que pueden haber cumplido funciones emblemáticas a la par que defensivas y técnicas (Berrocal-Rangel, 2004: 76).

En suma, y fuera de la peculiaridad de presentar murallas que fueron construidas por «módulos» o sectores, las defensas protohistóricas de los astures no difieren en mucho de las del resto de la Cornisa Cantábrica y del Noroeste galaico. Son densas líneas amuralladas con escasos elementos de flanqueo (no más de uno o dos bastiones curvilíneos a los lados de las puertas principales), puntos fuertes exteriores cercanos a las entradas que se conocen como «antecastros», murallas de piedra y tierra, taludes y un foso perimetral, en principio, que progresivamente se va multiplicando hasta llegar en casos como Carvalelhos, prototipo de poblado «en ocelo» con cinco fosos y taludes concéntricos (Romero, 1976: 21; Sánchez-Palencia, 2002: 253; Silva, 1986: 291-292) – (Fig.: 1.2, nº 33). Es evidente cierta analogía conceptual con las murallas vacceas anteriormente descritas, independientemente del material de construcción, aunque dichas semejanzas se fundamentan en la sencillez de sus características y eso limita notablemente su capacidad probativa.

Que la longitud de los fosos, su tamaño y su número aumentan con el tiempo hasta conformar un rasgo específico de los castros durante el Período romano parece una característica suficientemente comprobada. Al menos en ello se apoya la aplicación de técnicas mineras en la excavación de estas defensas en los poblados en torno a las Médulas (Sánchez-Palencia *et alii*, 1996) – (Fig.: 1.2, nº 34, 35) y a ello contribuye de nuevo la excavación integral del Chao Samartín, donde se ha podido reconocer la transformación del foso prerromano en una *fossa duplex* durante la ocupación imperial del castro (Villa Valdés, 2002: 174). Sin embargo, estas construcciones tardías no demuestran un gran desarrollo de las características constructivas, ni técnica ni conceptualmente hablando: hay escasos paramentos de sillares, los trazados muestran una anodina adaptación a la morfología del terreno, y la escasez de elementos de flanqueos, de sistemas complejos de la Poliorcética mediterránea, son palpables aún en época romana. Existen algunos ejemplos en contra, como la posible consideración de torres cuadrangulares dominando los principales accesos, o sin dudas la torre redonda de Llagú, con un cuerpo de artillería cuadrangular adosado y doble escalera para el acceso

independiente a la torre y al camino de ronda de la muralla, aunque creemos que estos son exponentes de la Romanidad de estos castros, por su época de construcción a mediados del siglo I d. C., los contextos materiales, y el uso de sillares, como se comprueba en poblados y «citanias» de época romana: Coaña, Viladonga, San Cibrán, Sanfins, Briteiros... (Berrocal-Rangel *et alii*, 2001: 107-111, láms.: 21 y 22) – (Fig.: 1.2, nº 36-42).

La poliorcética del Noroeste, por lo general, responde a sistemas de defensa sencillos, que aprovechan la orografía alomada, la piedra abundante y los potentes suelos aluviales para excavar fosos y construir muro, y taludes, con la piedra y la tierra extraída de aquellos. La madera, tan abundante en estos parajes, tuvo que ser usada masivamente, pero por ahora se carecen de pruebas como las obtenidas en los castros célticos del Suroeste peninsular. Solo la aparición limitada y esporádica de algunos campos de piedras hincadas indica la búsqueda de recursos adicionales, a veces en épocas ya romanas, como puede acontecer en el castro de San Isidro y su cercano Picu da Mina (Carrocera, 1991) – (Fig.: 1.2, nº 41). Pero aún así, la solución es tradicional, aunque no generalizada, pues se conoce al menos desde el siglo VI a. C. en los castros de las tierras de Zamora, León y Tras-os-Montes (Esparza, 2003).

3. ELEMENTOS DE DEBATE

En todo este desarrollo, como hemos explicado, se han destacado algunos temas referidos a las defensas construidas o excavadas que merecen ser tratados con atención:

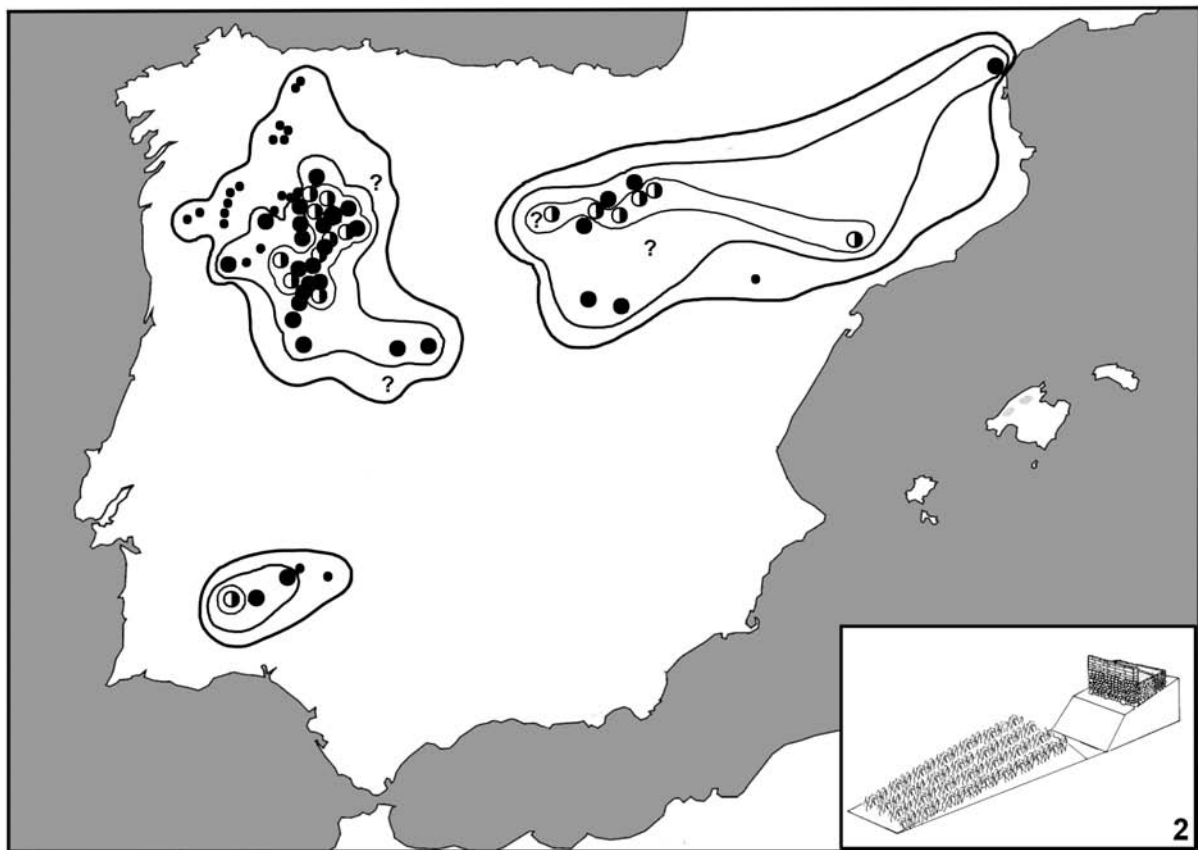
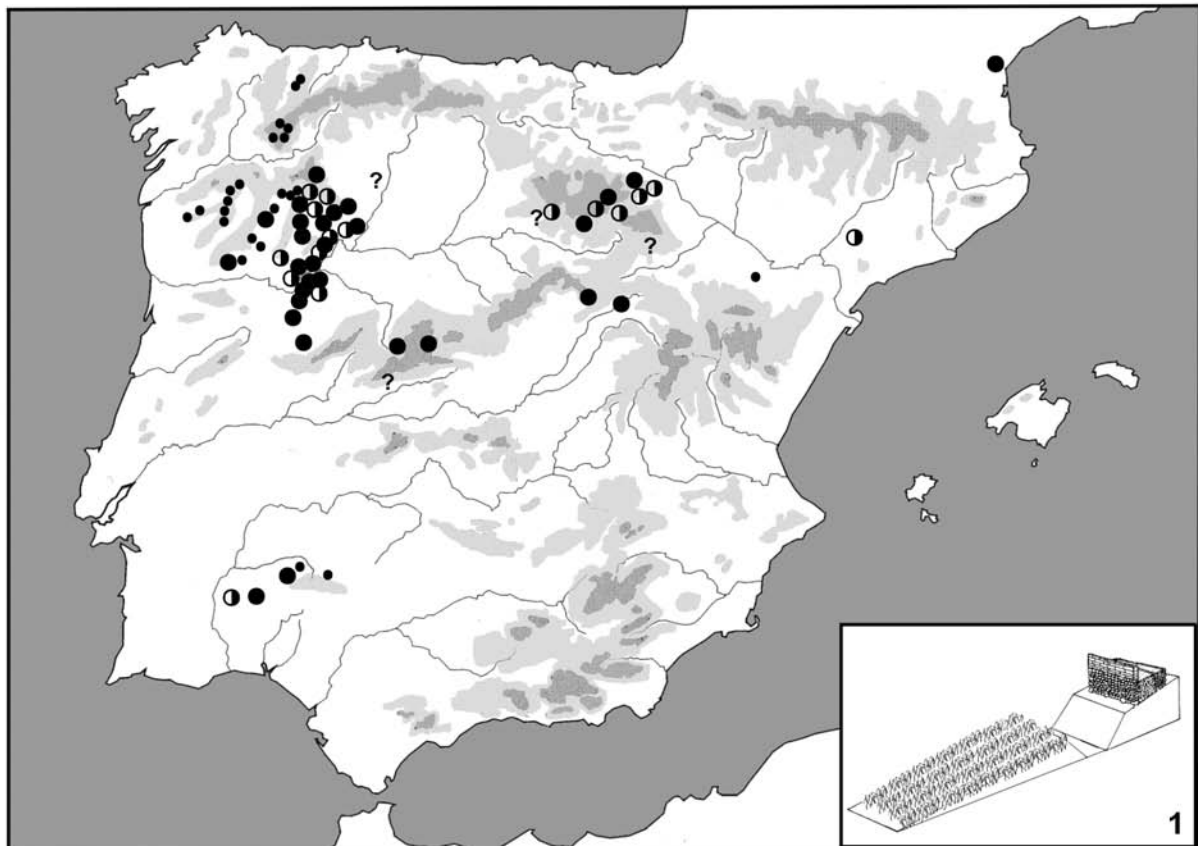
1. Los campos de piedras hincadas:

Sin duda, uno de elementos defensivos más característicos de las *Hispania* céltica lo conforman los mal llamados «chevaux-de-frise», campos de piedras hincadas emplazadas al exterior de las murallas.

El coloquio celebrado en la Universitat de Lleida en 2003 recogió todos los conocimientos habidos sobre el tema, tanto en la Península como en las Islas Británicas y el resto del Continente europeo (Alonso *et alii*, eds., 2003).

De ellos, y del mapa de distribución que publicamos en 2004 (Fig.: 2), se pueden deducir cinco conclusiones claras:

1.1. Se trata de un elemento fundamentalmente propio de la Península Ibérica, específicamente de su mitad nordoccidental en el más amplio sentido del calificativo (desde Lérida a Huelva). Ya uno de nosotros llamó la atención hace unos años sobre la escasez de este tipo de defensas al Norte de los Pirineos (Moret 1991: 11). Incluso donde se localizan, como en Pech Maho, las relaciones culturales con los iberos son evidentes, sin hablar del



○ CALCOLÍTICO-BRONCE ● BRONCE FINAL - HIERRO I ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.) ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.)

L. B. 2003

FIGURA 2.—1: *Dispersión de los poblados con piedras hincadas*; 2: *Superficies de tendencia de la distribución de poblados con piedras hincadas*.

hecho de que en este yacimiento costero del Languedoc la funcionalidad defensiva del dispositivo plantea serias dudas (Gailledrat y Moret, 2003). De hecho, sólo en las Islas Británicas se puede observar este tipo de defensas en diversos poblados que, si no son singulares, sí son muy escasos y, además, reflejan diversas dataciones históricas, desde el Bronce Final a la Edad Media (Cotter, 2003: 114-115). Pese a que podría alegarse una ambigua relación de origen, en cuanto a su concepción y al aprovechamiento de la materia prima más abundante en cada lugar (madera, piedra...), lo único que puede afirmarse es que es un recurso recurrente entre las poblaciones occidentales europeas, celtas o no.

1.2. Refleja una distribución concentrada en tres o cuatro focos con escasa o nula relación especial entre ellos. Ni siquiera en la Península se puede afirmar una relación cultural directa o cronológica indirecta entre los castros pelendones de Soria, los galaico-astures de León, Zamora y Tras-os-Montes o los Célticos del Alentejo y Huelva. De haber alguna, quizá, corresponda al uso de este tipo de defensas en época muy tardía, posiblemente en las Guerras sertorianas o posteriores como planteamos para algunos castros del Suroeste y como cabe colegir de los ejemplos asturianos de San Isidro y El Picu da Mina (Berrocal-Rangel, 2003: 227; Esparza, 2003: 167 —con revisión de los planteamientos defendidos hasta el momento).

1.3. Todos los focos son interiores, localizándose los ejemplos más cercanos a las costas a no menos de 50 Km. en línea de aire, como es el caso de los ejemplos asturianos citados. Esta disposición interior es importante por cuanto los ejemplos extrapeninsulares se emplazan en la costa o están en ámbitos muy cercanos a ella, desde el caso francés de Pech Maho a los irlandeses, galeses o escoceses de las diferentes islas de Aran (Cotter, 2003; Hogg, 1975; Harbison, 1968). Las posibles relaciones, si las hubiera, sería desde el interior de la Península ibérica hacia las costas británicas o francesas.

1.4. Responde a diferentes conceptos formales —disposición externa respecto a murallas y fosos— y funcionales —valores defensivos, de marcación territorial, de caminos, o de énfasis de la monumentalidad—. Esta quizá sea una de las conclusiones más trascendente, de las presentadas en Lérida en 2003. Así en el paradigmático caso «anfitrión» de la fortaleza de Els Vilars de Arbeca, los *chevaux de frise* muestran una función de naturaleza básicamente monumental, con el objetivo de incrementar la espectacularidad de sus murallas, por otra parte preconcebidas y diseñadas en un entorno llano sin posibilidades de defensas naturales (G.I.P., 2003: 238 ss.) — (Fig.: 1.2, nº 45). El caso del castro de Las Peñas de Aroche (Huelva) es no menos significativo, pues creemos haber demostrado que su

campo de piedras hincadas servía para encauzar el camino de acceso por el costado mejor dominado desde sus murallas (Berrocal-Rangel, 2004: 57-59) — (Fig.: 1.2, nº 46). En la fortificación meseteña de Castilviejo de la Guijosa (Guadalajara) este valor defensivo «pasivo» es patente al estar aislada por un único tramo amurallado precedido de un amplio campo de *chevaux-de-frise*. El resto del perímetro es inaccesible por tratarse de un abrupto promontorio sobre el valle del Henares (Romero, 2003: 194). La disposición y el emplazamiento se repite no tanto en los castros sorianos, sino en los lejanos castros del Oeste salmantino, sobre las Arribes del Duero (Esparza, 2003: 162). Mayor curiosidad suscita el observar que es la misma disposición de los *hillforts* británicos, aunque esto substituyen los barrancos fluviales por acantilados costeros. Pero hay más, porque en diversos castros del Noroeste como el ya citado de San Isidro, las piedras hincadas figuran sobre los sucesivos taludes de tierra que preceden la muralla, cuando no sobre ella misma (p.e. en Carrocera, 1990: Fig.: 1). Esto nos muestra una variedad en la función defensiva de un mismo recurso técnico, variedad que puede relacionarse con una fecha tardía o con los usos diferentes de aquellas estacas o palizadas a las que, teóricamente, venían a substituir. Sea como fuere, para avanzar en esta cuestión, se echa en falta un análisis detallado, tanto topográfico como arquitectónico, de todos los casos conocidos, realizado con los mismos criterios descriptivos.

1.5. Por último, otro punto de debate es la dispersión diacrónica de este elemento, incluso dentro de un mismo foco. En realidad, es importante anotar que en todos los focos de importancia, incluidos los británicos, los campos de piedras hincadas ofrecen fechas muy dispares entre sí. El problema estriba en definir con claridad las fechas de uso de este elemento en cada caso. Así a la datación romana que E. Carrocera propuso para el castro de San Isidro, con buenos argumentos arqueológicos e históricos (1990: 160-162), caben las objeciones que A. Villa hace respecto a la factible antigüedad de las defensas de piedras hincadas y a la mayor antigüedad de las piedras hincadas en el muy cercano Picu da Mina (2002: 182). Igual consideraciones hicimos del campo de piedras hincadas de Passo Alto, en el Suroeste peninsular, cuya muralla fue datada en un Bronce Final retardatario, sobre el s. VI a. C. (Soares 1986 y 2003). Tanto estos sondeos como las cerámicas halladas en superficie apoyan este momento de ocupación, como único, y no obstante hemos especulado con una fecha más tardía para este importantísimo conjunto del Suroeste, llevándolo a época romano-republicana (Berrocal-Rangel 1992: 191; Correia 1995: 251). Y tampoco hoy podemos rechazar totalmente tal hipótesis, pues la muralla está vitrificada, al estilo de otros

ejemplos cercanos cuya cronología tardía es segura (*vide infra*). Es más, otros ejemplos conocidos de barreras de piedras hincadas apoyarían una datación mucho más tardía que la supuesta en Passo Alto (Las Peñas, Regina...: Berrocal-Rangel 2003: 218). Sea como fuere lo que no cabe duda es que en los tres focos peninsulares se conocen ejemplos datados desde el siglo VII a. C. al I d. C.

De estas consideraciones previas apenas se puede concluir que los *chevaux de frise* representan un elemento multifuncional de carácter defensivo genérico, que se documenta entre diferentes ámbitos de la Hispania celta bajo una apariencia formal similar, aunque responde a diferentes soluciones constructivas y distintos momentos de ejecución. Es incluso plausible en algún que otro caso, como sugirió Á. Esparza (2003), una elaboración local inspirada por el modelo que ofrece la geología de varias zonas del Oeste, donde los afloramientos de pizarra en estratos oblicuos o casi verticales forman auténticas defensas naturales. No sirve pues como indicador de relaciones culturales o demográficas, a menos que se consideren los británicos, pero sí es patente su ausencia en los ambientes ibéricos o mediterráneos de la Península.

No podemos cerrar este capítulo sin recordar una fuente literaria, poco o mal valorada, que es clave para entender el papel desempeñado por las barreras de piedras hincadas en los «paisajes fortificados» de la Hispania céltica.

El conocido texto de Apiano (*Ib.* 76) que describe la ciudad de Numancia en 143-142 a.C., a la llegada del ejército de *Caecilius Metellus*, contiene la frase siguiente: «El único camino que bajaba hacia el llano estaba defendido por fosos y *stélai*.». Schulten, seguido por la mayor parte de los estudiosos a lo largo del siglo XX, tradujo esta última palabra por «empalizadas». Sin embargo, hay versiones más recientes, como la de P. Goukowsky, que hablan de «lignes de pierres levées», haciendo explícita referencia a los *chevaux de frise* de los castros hispanoceltas (Goukowsky 1997: 132, n. 424).

De hecho, la palabra *stêlê* se refiere, en griego, exclusivamente a objetos de piedra dispuestos verticalmente, como puede ser una estela, un hito o un mojón. Cuando Apiano quiere hablar de una empalizada, utiliza otra palabra, *stauros*, que corresponde al latín *uallum* (por ejemplo en la descripción del sitio de la propia Numancia por Escipión, *Ib.* 90). No se puede saber con certeza qué palabra latina es traducida por *stêlê* en la fuente analística romana de la que procede, directa o indirectamente, el relato de Apiano. Pero se puede pensar en palabras como *lapis* o *cippus*: *Lapis* se dice de toda clase de piedra fijada verticalmente (miliario, hito, mojón, estela...); *cippus* designa normalmente una columna funeraria, pero puede referirse también a un hito para delimitar un terreno, y César lo usa en sentido figurativo, para la línea de

estacas puntiagudas de la circunvalación de Alesia (*B.G.*, VII 73).

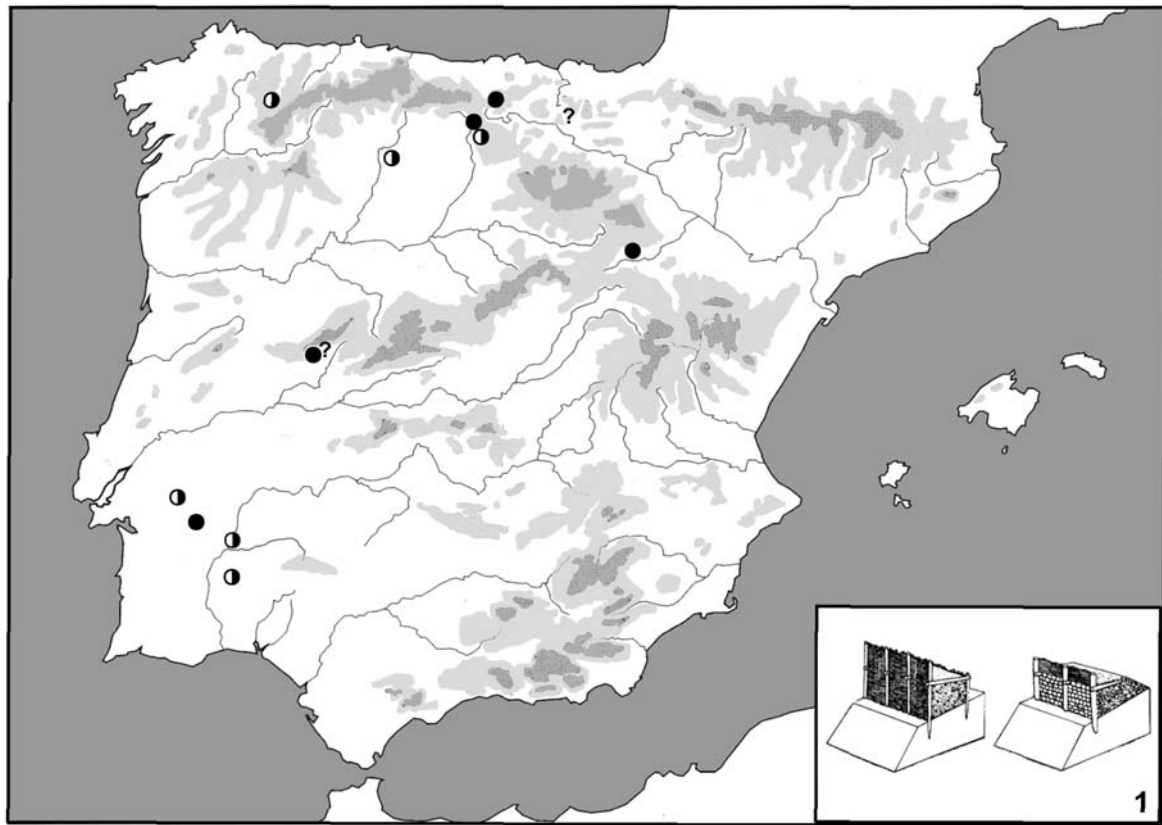
Este texto confirma pues el uso de un sistema de defensa que no tiene nada que ver con una empalizada. Se trataba probablemente de varias líneas de piedras hincadas, aunque el paralelo de César deja abierta la posibilidad de que el dispositivo estuviera formado por estacas de madera. Más importante aún. Revela la existencia en la Celtiberia prerromana de líneas de defensa muy avanzadas que permitían el control de los principales caminos de acceso, sin relación directa con el recinto amurallado del *oppidum*. Esta constatación viene a dar sentido a la interpretación que habíamos dado al alejado campo de Las Peñas de Aroche (Huelva), cuya relación celtibérica estaría atestiguada por encontrarse, este caso, en plena *Beturia celticorum* (*vide supra*).

2. Las murallas vitrificadas peninsulares:

Suponen una de las «viejas» novedades de la poliorcética prerromana peninsular, pese a que el conocimiento de estas construcciones se remonta a finales de los años ochenta del pasado siglo (Berrocal-Rangel, 1992: 213). Pero la tardanza en la publicación específica de estos casos por los investigadores que los descubrieron y su aparición en revistas especializadas inglesas de distribución limitada (Gibson *et alii*, 1998; Burgess *et alii*, 1999; Correia y Burgess, 2004), permiten entender porqué han tenido escasa repercusión en la bibliografía (Fig.: 3).

Hoy, sin embargo, se han confirmado estos primeros casos como el de Monte Novo (Alto Alentejo) y los análisis petroquímicos realizados en mampuestos procedentes de otros dudosos han venido a ratificar lo que denominamos «rubefacción» de estas piedras. Así acontece en el caso citado de Passo Alto, como se había planteado hace unos años y ha sido confirmado recientemente por su excavador A. Soares (Berrocal-Rangel, 2003: 218; Díaz-Martínez *et alii*, 2005).

Pero el caso de Monte Novo es especialmente importante, no sólo por el sistema defensivo que presenta sino, y especialmente, porque los restos de vitrificación se encuentran dispersos a lo largo de gran parte de su muralla, posiblemente torreada (Burgess *et alii*, 1999: 140 ss.). Junto con el estudio realizado por C. Burgess, V. C. Correia y C. Gibson, confirmada su vitrificación por el prof. Ralston, podemos aportar la documentación por parte del equipo de excavaciones del castro de Ratinhos de varios mampuestos rubefactados y adobes cocidos (Berrocal-Rangel, 2004: Lám.: 2.1). La presencia de estos adobes, algunos formando prismas completos, nos indicaría que toda la muralla fue afectada por un gran incendio, mantenido con altas temperaturas como para vitrificar las rocas y convertir en cerámica los adobes. Dado que la presencia de estos, puntual y dispersa, debe interpretarse como parte del *parodos* que defendería el camino de ronda o, en todo caso, como parte del alzado superior o



○ CALCOLÍTICO-BRONCE ● BRONCE FINAL - HIERRO I ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.) ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.) L.B.R.2005



FIGURA 3.—1: *Dispersión de los poblados con murallas de piedra y madera*; 2: *Muralla y agujeros de poste de la acrópolis de Ratinhos, campaña de 2006, con piedras vitrificadas en torno al poste derecho.*

culminación de la muralla, es posible plantear la existencia de una muralla construida con materiales orgánicos combustibles. Además de los socorridos entramados de vigas de madera, lógicos en una región donde la encina o el roble cubren aún la mayoría de su territorio, el estudio de Youngblood, Fredriksson, Kraut y Fredriksson, (1978) ya estableció que la vitrificación en el Occidente europeo era el resultado ocasional de usar materiales combustibles en la construcción de estas murallas pétreas, fundamentalmente huesos, basura, musgo seco y turba que servían para compactar la mampostería colocada a seco (Youngblood *et alii*, 1978: 118-120). El carácter ocasional de las vitrificaciones permitiría esperar que se conozcan murallas no quemadas pero cuyo aparejo presente este uso de huesos y basura, porque difícilmente puede esperarse la conservación de musgo o paja. El reconocimiento de una concentración de piedras vitrificadas y barro cocido en la reciente excavación de las murallas de Ratinhos (Moura, Portugal), durante la campaña de Septiembre de 2006, se ha puesto en relación con varios agujeros de gruesos postes de madera hallados bajo dicha concentración. La aportación, una vez estudiada con detalle, aportará una información fundamental para comprender el carácter de las vitrificaciones peninsulares, aunque en este caso se fecha a mediados del siglo VII a.C. (*vide infra*: Berrocal-Rangel y Silva, en este mismo volumen).

En todo caso, tanto éste como el resto de ejemplos son todavía escasos, aunque no por ello dejan de ser interesantes por la amplitud del territorio que abarcan, desde el Sur del Guadiana al Norte del Tajo Medio (El Gasco, Castelinhos da Serra, Monte Novo, Passo Alto: Berrocal-Rangel, 2004: 38) – (Fig.: 1.2, nº 24-26 y 47). La ausencia de excavaciones en todos ellos, fuera de los sondeos de éste último y de Castelinhos da Serra, impide aquilatar en mayor detalle las características de estas murallas, aunque las excavaciones de Ratinhos contribuirán notablemente en el conocimiento de estas murallas que parecen, en principio, de estructura sencilla en comparación con los paralelos posteriores conocidos en el resto de Europa (*vide infra*: S. Fichtl, en este mismo volumen; Buchsenschutz y Ralston, 1981: 30). Por último es interesante observar el amplio rango cronológico que ofrecen estos ejemplos, fechados desde la Edad del Bronce Final (Ss. VII-VI en Castelinhos da Serra y Passo Alto) al Hierro II final (en Monte Novo), en estrecho paralelismo con las barreras de piedras hincadas.

Antes de estas excavaciones, las murallas de piedra y madera como posibles soluciones similares a las fábricas mixtas del área lateniense (especialmente los tipos Kelheim y Preist) habían sido propuestas o documentadas en algún yacimiento singular como Monte Bernorio en su conocido «Castillejo» (Palol, 1964). De igual forma, la posibilidad de una construcción de esta estructura mediante el ensamblado de vigas de madera internas ya fue planteada por A. Esparza, aun-

que sólo como mera conjetura sobre los resultados de unas viejas excavaciones (1982: 401-404; Martín Valls 1985: 82). Y así como no es extraño el uso amplio de madera en empalizadas de coronamientos o estructuras adosadas al interior, como las reconocidas en los castros de Los Baraones (Palencia), Peñas de Oro o La Hoya (Álava) – (Llanos 1995: 269 ss.; Moret 1991-a: 14-21) – (Fig.: 1.2, nº 48 y 49), tampoco debería ser sorprendente su uso en entramados interiores, especialmente en regiones boscosas como las referidas. Así la presencia de armazones de madera en estructuras más cercanas a los tipos europeos «Kelheim» y Preist» deberían ser corrientes en la Cornisa Cantábrica y posiblemente en este sentido cabe considerar alguno de los ejemplos recientes y puntuales, como la interesante muralla del Bronce Final del Chao Samartín (Asturias), con sus gruesos postes distanciados regularmente en los paramentos (Villa 2003: 177 y 2001: 393; *vide infra* en este mismo volumen).

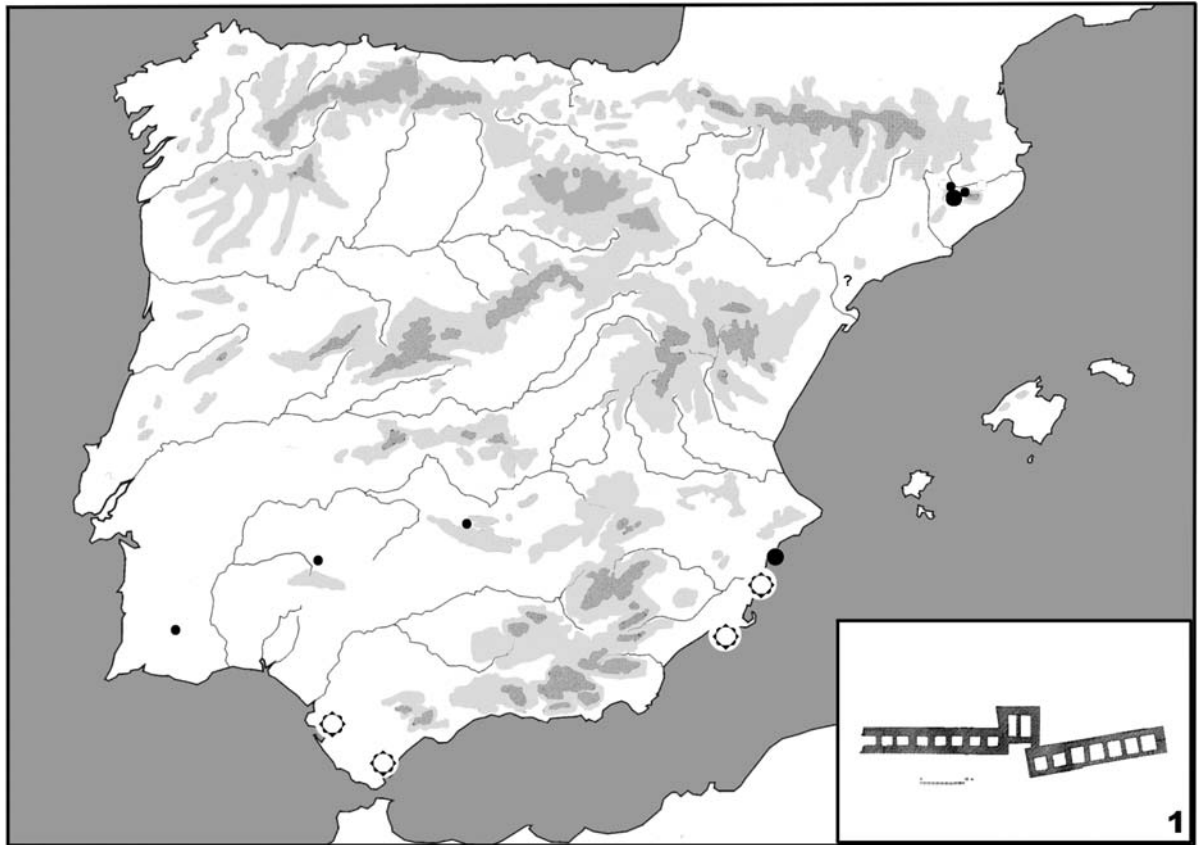
¿Reflejan estos casos una vieja tradición constructiva extendida por Europa Occidental durante el llamado Bronce Final Atlántico, una época de ideas y objetos compartidos desde Portugal a Escandinavia?

3. Murallas de cajones, casernas y módulos:

Se ha mencionado la existencia de murallas compartimentadas, de cajones o de casernas, en varios puntos de las márgenes meridionales y orientales de la Meseta, desde La Caraza de Valdevalleerías en Alcañiz hasta La Bienvenida (*Sisapo*), pasando por Inestrillas (*Contrebia Leukade*) y el Cerro de las Cabezas de Valdepeñas.

Dos factores dificultan una correcta valoración de este elemento de las fortificaciones del interior peninsular. El primero es la escasez de planimetrías detalladas, indispensables para contrastar las interpretaciones propuestas y para llevar a cabo un estudio comparativo. El segundo reside en las ambigüedades del vocabulario al uso, causa de repetidos equívocos y malentendidos. Nos detendremos primero en este último aspecto.

La noción de murallas de cajones («compartment walls» en inglés, «murailles à caissons» en francés) no plantea tantos problemas. Corresponde a la técnica del *emplekton* de la fortificación griega (Winter, 1971: 135-136; Lawrence, 1979: 214-216), una aplicación casi universal en el mundo antiguo: «division into chambers is a practice that might arise anywhere at any time, from sheer elementary prudence» (Lawrence, 1979: 215). Y esto es así porque su finalidad es dar cohesión a la muralla, añadiendo un armazón interno a sus paramentos interior y exterior, mediante muros o tirantes transversales. En otras palabras, la creación de compartimentos interiores es una consecuencia de este dispositivo, pero no es su finalidad. Además, dichos compartimentos no eran visibles: quedaban totalmente rellenos de tierra y piedras y cubiertos por el piso del adarve o de la planta superior. Es sólo por el hecho de que la gran mayoría de las murallas



○ CALCOLÍTICO-BRONCE ● BRONCE FINAL - HIERRO I ● HIERRO II (Ss. IV - III a. C.) ● HIERRO II (Ss. II - I a. C.) ○ ESTABL. COLONIAL L. B. R. 2003

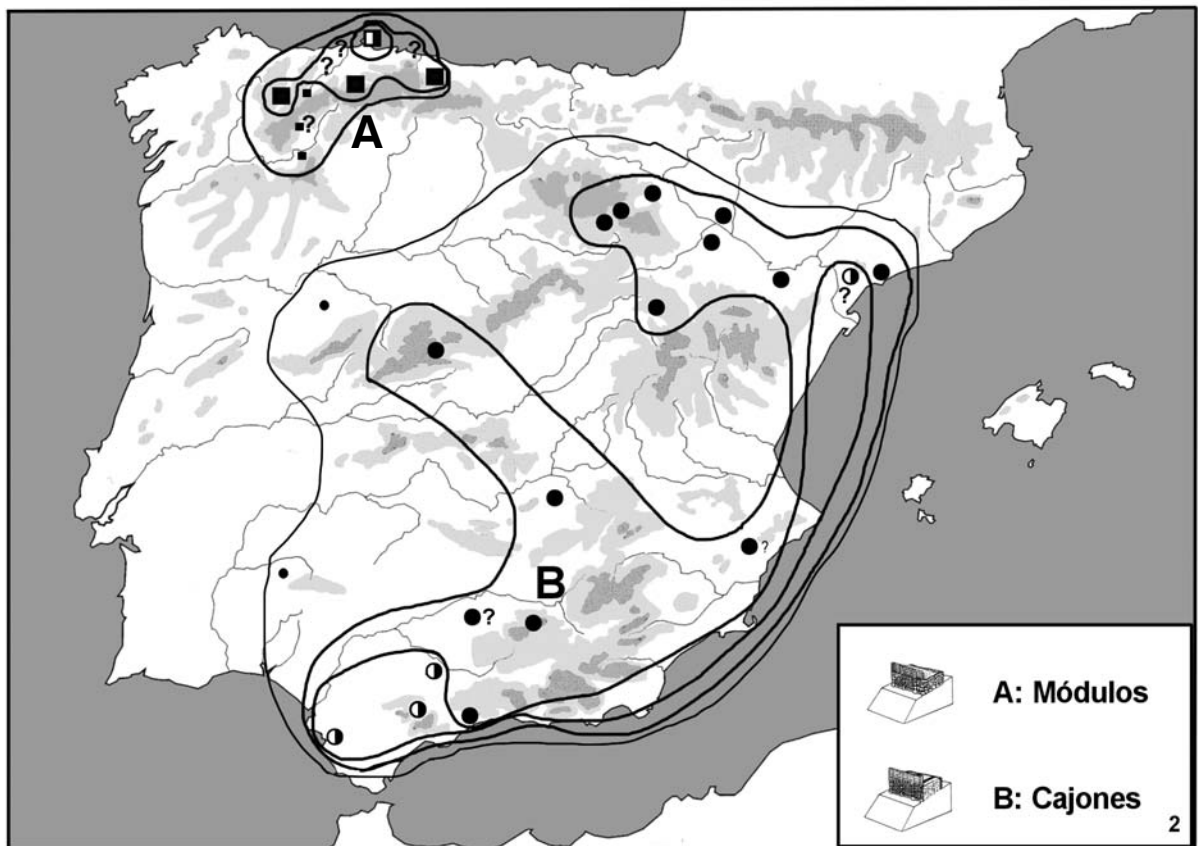


FIGURA 4.—1: *Dispersión de los poblados con casernas y casamatas*; 2: *Murallas de cajones (B: círculos) y módulos (A: cuadrados), a partir de Berrocal-Rangel, 2004.*

antiguas quedan reducidas a las primeras hiladas de su zócalo, por lo que tendemos a reunir las murallas de cajones y las murallas de casernas en un mismo apartado, cuando funcionalmente no tienen nada que ver.

Con respecto al mundo céltico, se puede observar que las murallas de cajones son el equivalente en piedra de las fábricas mixtas del área lateniense, en las que los maderos horizontales, dispuestos a intervalos regulares, cumplen la misma función que los tirantes del *emplekton* mediterráneo. Por otra parte, a pesar del uso de este término muy arraigado en la literatura arqueológica, no se trata de una técnica específicamente griega: está presente también y ampliamente difundida en el Próximo Oriente, el mundo púnico y en Italia.

Las mayores vacilaciones léxicas atañen a las murallas con compartimentos huecos, susceptibles de ser habitados o usados como almacenes. Se las suele llamar «murallas de casamatas» en la literatura arqueológica, aunque varios autores han preferido usar la voz caserna, por ser más castiza (Barrionuevo *et alii*, 1999; Díes Cusí, 2001: 75). Hay que recordar, antes de todo, que estas dos palabras fueron creadas en el siglo XVI: son propias de la arquitectura militar moderna, y nos exponen en cualquier caso al riesgo del anacronismo.

Casamata (1536) viene del término italiano *casamatta* (1520), al igual que el francés *casemate* (1539) y el inglés *casemate*, calcado sobre el anterior. La dificultad reside en que los sentidos del término son algo distintos en francés y en inglés, por un lado, y en castellano, por otro. En francés, las *casemates* son habitáculos a prueba de proyectiles o de bombas, situados en la parte baja de una fortificación, que servían bien para instalar piezas de artillería («casemates à feu»), bien para dar abrigo a los soldados o guardias («casemates d'habitation»), bien como almacenes. Por ello, tanto en francés como en inglés, los historiadores de las fortificaciones antiguas han hecho uso de las expresiones «murailles à casemates» o «casemate walls» para designar las murallas púnicas, helénicas o romanas que contenían habitáculos en su interior, a nivel del suelo. En castellano, por el contrario, del siglo XVI al XIX la palabra «casamata» se reservó únicamente a los puestos de artillería fortificados, mientras que se usaba caserna para los almacenes o los habitáculos fortificados.

Caserna viene del término provenzal *cazerna*, a través del francés *caserne*, que designaba en el siglo XVI las habitaciones construidas en los bajos de una muralla. Este sentido se mantuvo en español, mientras que, en francés, *caserne* pasó a significar cuartel a finales del siglo XVII, a raíz de las reformas de Vauban. Fue probablemente por la influencia de tratados de arquitectura militar antigua publicados en inglés o en francés (como Winter, 1971 o Garlan, 1974), que se empleó la palabra casamata en España en vez de caserna en ámbitos arqueológicos. La complicada historia de estas palabras, demuestra hasta qué punto

el uso de un vocabulario moderno (y anacrónico por esencia) puede llamar a confusión cuando se lo aplica a realidades de la Edad del Hierro.

Dicho esto, también es cierto que el vocabulario antiguo no proporciona soluciones más adecuadas. Se ha intentado alguna vez usar en vez de «casamata» el griego *phulaktêrion* (cuerpo o puesto de guardia), presente en el tratado de Filón de Bizancio (V, A 17, cf. Garlan, 1974: 293 y 347), pero esta palabra tiene dos defectos: tiende a «helenizar» el debate, de manera poco oportuna en el caso de la Península Ibérica; y hace hincapié en la función de habitáculo, excluyendo la de almacén que debió de ser, al menos, igual de importante.

En cualquier caso, no está confirmada la existencia de ninguna muralla de casernas en el área propiamente céltica de Hispania, en época prerromana. En el resto de la Península, los únicos casos conocidos y suficientemente publicados —con la presencia de puertas que certifican la posibilidad, estratigráficamente documentada, de acceder a los habitáculos desde el interior del recinto fortificado—, son la muralla ausetana del Turó del Montgròs, ahora datada de inicios del siglo III a. C. (López *et alii*, 2005), y la muralla urbana de la Cartagena bárquida (Martín Camino y Marín Baño, 1993). En casos como los del Castillo de Doña Blanca (Barrionuevo *et alii*, 1999) o *Carteia* (Bendala y Blánquez, 2002-2003: 152), los datos conocidos no son suficientes para decidir entre un sistema de cajones (compartimentación estructural) o de casernas (compartimentación funcional). Sobre el Cabezo Pequeño del Estaño véase *infra* (F. Prados y J. Blánquez, en este mismo volumen).

Existe en la Hispania céltica otro tipo de murallas compartimentadas muy diferente de los casos acabados de describir: son las «murallas de módulos», típicas de los castros del Cantábrico. Estas fortificaciones se conocen como una solución técnica e incluso simbólica propia de una estrecha franja de la Cornisa cantábrica fundamentalmente habitada por pueblos astures. En estructura responde a la construcción de una cortina amurallada mediante el levantamiento de tramos pequeños e independientes entre sí, llamados «módulos» (Maya, 1983: 299; Berrocal-Rangel, 2004: 53-54) o «compartimentos» (Camino Mayor, 2000). En realidad, estos tramos pueden ser de longitud variable, desde una treintena de metros a tres metros de longitud, y no siempre son independientes, formando «intermódulos», e incluso pueden ser una mera «fachada» exterior de una muralla continua, como en el caso del El Chao Samartín comentado (*vide supra*), pero el concepto funcional y estético no varía, sirviendo todos ellos para facilitar el drenaje desde el interior de la muralla, y aportando mayor consistencia a la cortina amuralla en un territorio geológicamente tan inestable como es el actual Principado de Asturias (Berrocal-Rangel *et alii*, 2001: 102-105; Camino Mayor, 2000: 40).

El escaso número de estas murallas de módulos, menor a una docena de casos conocidos, junto a su concentrada dispersión en las cuencas de los ríos Sella, Nalón y Navia, y una cronología concreta centrada en la Segunda Edad del Hierro y en los primeros siglos de la presencia romana en este territorio, han servido para individualizar su valor simbólico e incluso emblemático y permitieron a J. L. Maya proponer que se trataba de una invención específicamente astur (1983: 299). No obstante, J. Camino ha planteado recientemente la posibilidad de entender estas murallas como una adaptación tardía (a partir del siglo IV o III) de las murallas de cajones meseteñas e ibéricas (2000: 36).

Pero, como ya hemos planteado en ocasiones anteriores, y es posible reforzar en esta ocasión con la figura 4.2, las cronologías probables de estas murallas de módulos indicarían un sentido inverso según las superficies de tendencias inferidas: si no desde La Campa Torre, cuya cronología es discutida (finales del siglo VI según Maya y Cuesta, 2001: 55; no antes del siglo IV según Camino Mayor, 2000), por lo menos desde una línea interior marcada por los castros del Chao Samartín, Llagú y Morrión, de Oeste a Este se conocen poblados cuyas murallas de módulos están fechadas en el siglo IV a. C. sin discusión alguna. Al exterior parecen situarse otros casos más tardíos: serían los ejemplos de San Chuís, el Chano y, si se admite, San Juan de Paluezas (Berrocal-Rangel, 2004: 52 y fig.: 13). Pero tampoco estos castros se escapan de la necesidad de fechas más consolidadas respecto a sus murallas, como A. Villa ha puesto en evidencia respecto a la supuesta cronología romana de San Chuís (2002: 164).

Hemos hablado del valor simbólico de estas murallas de módulos, en el marco de una sociedad astur que habría encontrado en esta singular arquitectura una forma de autorepresentación, diferenciando el aspecto exterior de sus castros respecto de los pueblos vecinos. Esta dinámica, claramente identitaria, podría explicar la perduración de las murallas de módulos después de la conquista romana, según una actitud marcada por el conservadurismo arquitectónico que se repite en otros enclaves que, por lo menos en este aspecto, dan la espalda al proceso de romanización, como por ejemplo el Bajo Aragón de las torres redondas (véase *infra* la comunicación de S. Melguizo y P. Moret) o los *oppida* de Borgoña donde se siguen construyendo *muri gallici* hasta la época de Nerón (véase *infra* la comunicación de S. Fichtl).

Pero se puede proponer otra interpretación, no exclusiva de la anterior. Las separaciones visibles entre tramos de muralla podrían reflejar una repartición de la obra edilicia entre distintos equipos o grupos. Cada tramo o módulo «pertenece» a uno de esos grupos, posiblemente familiares, que estarían encargados de su construcción y de su mantenimiento. Desde esta perspectiva —muy hipotética por cierto, con el posible inconveniente de la ausencia de una medida más o menos

homogénea—, la diferenciación arquitectónica creada por el sistema de módulos ensalzaría el papel de los grupos familiares en la estructuración de la comunidad formada por los habitantes del castro.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Como trabajo inicial de esta monografía, se ha pretendido sintetizar las bases de partida desde la que se enfocarán los diferentes estudios, genéricos y concretos, desarrollados a continuación. Por ello sus autores, tras revisar someramente el trasfondo cultural de los pueblos hispanoceltas que conforman el marco cultural de referencia, han abordado las principales líneas de la investigación sobre sus poblados amurallados y sobre las técnicas constructivas que se emplearon en las defensas.

El estudio de algunos de los resultados más característicos de estos ámbitos hispanoceltas, como los llamados *chevaux de frise*, las murallas vitrificadas o las formadas por módulos, ha sido planteado desde parámetros genéricos que recogen los conocimientos sobre los diferentes desarrollos poliorcéticos contemporáneos entre los territorios más cercanos, como los ibéricos, púnicos, griegos y galos, para poder plantear una visión integral del panorama de la Investigación actual.

Como conclusiones provisionales se denuncia un déficit en la calidad y en la homogeneidad del caudal informativo de las fortificaciones protohistóricas del Interior y del Occidente de la Península, falta que dificulta en gran medida la obtención de conclusiones sólidas. De esta manera se hace patente la necesidad de disponer de estudios más densos y detallados, uniformes en cuanto a los criterios analizados, y claramente desarrollados a partir de bases estratigráficas complejas. Es a esta necesidad, a la que se ha pretendido dar respuesta a lo largo de los análisis pormenorizados que se recogen en las aportaciones posteriores y es, éste, el espíritu del trabajo que alentó el coloquio cuyas actas se recogen en estas páginas.

5. BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÃO, J. de, 2003: «As estátuas de guerreiros galaicos como representações de príncipes no contexto da organização político-administrativa do Noroeste pré-flaviano.» en Th. Schattner, ed., *Die lusitanisch-galläkischen Kriegerstatuen*, *MDAI (M)*: 116-126.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1976-1978: «La iberización de las zonas orientales de la Meseta.», *Ampurias*, XXXVIII-XL: 93-156.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1991: «I Celti della Penisola Iberica.», en S. Moscati, *I Celti*: 389-405, Milano.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994-a: «Proto-celtes et Celtes dans la Péninsule Ibérique.», *XVIe Colloque Inter-*

- national de l'AFEAF (Agen, 1992), Aquitania, 14: 289-296.*
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1994-b: «El urbanismo en la Hispania Céltica: castros y oppida.», *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín, eds.), Extra Complutum, 4:13-76.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2001: «Los Celtas en la Península Ibérica.» en M. Almagro-Gorbea, M. Mariné y J. Álvarez-Sanchís, eds., *Celtas y Vettones*: 95-113, Ávila.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2005: «Los Celtas en la Península Ibérica.», en A. Jimeno, ed., *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 29-37, Soria.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; MARINÉ, M.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J.R., eds., 2001: *Celtas y Vettones.*, Soria.
- ALONSO, N.; JUNYENT, E.; LAFUENTE, A.; LÓPEZ, J.B. (eds.), 2003: *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea.*, Universitat de Lleida, Lleida.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 1999: *Los vettones.*, BAH, 1, Madrid.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R., 2003: *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia.* Akal Arqueología, Madrid.
- ARIAS VILAS, F., 2002: «Las fases de la Cultura castreña en Galicia.», *Los poblados fortificados del NW* (De Blás y Villa, eds.): 127-137, Navia.
- ARLEGUI, M., 1992: «El yacimiento celtibérico de Castilmontán, Somaén (Soria): El sistema defensivo.», *II Symposium de Arqueología Soriana* (Soria 1989), I: 495-513.
- ARMENDARI MARTIJA, J., 1998: «Las Eretas. Arquitectura doméstica y defensiva de un poblado del Hierro Antiguo en el Alto Ebro.», *Revista de Arqueología*, 210: 28-35.
- BARRIONUEVO, F.J.; RUIZ MATA, D.; PÉREZ, C.J., 1999: «Fortificaciones de casernas del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz).», *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, Cartagena, 3: 115-123.
- BENAVENTE, J.A.; MARCO, F.; MORET, P., 2003: «El Palao de Alcañiz y el Bajo Aragón durante los ss. II y I a.C.», en F. Pina, ed., *Ciudad y romanización en el Valle Medio del Ebro*, AEspA, 76: 231-246.
- BENDALA, M.; BLÁNQUEZ, J., 2002-2003: «Arquitectura militar púnico-helenística en Hispania.», *CUPAUM*, 28-29: 145-159.
- BENÍTEZ, L.; ESTEBAN, G.; HEVIA, P., 2004: *Protohistoria y Antigüedad en la provincia de Ciudad Real (800 a.C.-500 d. C.)*, Ediciones C&G, Ciudad Real.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1992: *Los pueblos célticos del Suroeste de la Península Ibérica.*, Extra Complutum, 2, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 1994: «Oppida y castros en la Beturia Céltica.», *Castros y oppida en Extremadura* (Almagro-Gorbea y Martín, eds.), Extra Complutum, 4: 189-242, Madrid.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2003: «La expansión meridional de los chevaux de frise: los castros célticos del Suroeste.», en N. Alonso *et alii*, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 209-232, Lleida.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: «La defensa de la comunidad. Sobre las funciones emblemáticas de las murallas protohistóricas en la Península Ibérica.», *Gladius*, XXIV: 27-98.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2005: «Las fortalezas de entrada. Un elemento de la poliorcética castreña desde el enfoque de la Conquista romana.», en *Conquista y Aculturación, Norba. Revista de Historia*, 18: 11-31.
- BERROCAL-RANGEL, L.; MARTÍNEZ SECO, P.; RUIZ, C., 2002: *El Castiellu de Llagú. Un castro astur en los orígenes de Oviedo.*, BAH, 13, Madrid.
- BUCHSENSCHUTZ, O.; RALSTON, I., 1981: «Les fortifications des Âges des Métaux.», *Archéologia*, 154: 24-36.
- BURGESS, C.; GIBSON, C.; CORREIA, V. H.; RALSTON, I., 1999: «Hillforts, oppida and vitrification in the Évora area, Central Portugal, 1986-1988. A preliminary report.», *Northern Archaeology*, 17/18: 129-147.
- BURILLO MOZOTA, F., 1998: *Los Celtíberos. Etnias y estados.*, Crítica Arqueología, Barcelona.
- BURILLO MOZOTA, F., 2003: «Segeda. Arqueología y Sinecismo.», en F. Pina, ed., *Ciudad y romanización en el Valle Medio del Ebro*, AEspA, 76: 193-215.
- CAMINO MAYOR, J., 2000: «Las murallas compartimentadas en los castros de Asturias: Bases para un debate.», *AEspA*, 73: 27-42.
- CARROCERA FERNÁNDEZ, E., 1990: «El castro de San Isidro: Informe de las excavaciones arqueológicas 1986.», *Excavaciones Arqueológicas en Asturias*, 1: 157-162.
- CENTENO CEA, I.; SANZ, C.; VELASCO, J.; GALLARDO, I., 2003: «Aproximación al urbanismo vacceorromano de Pintia.», *Pintia. Un oppidum en los confines orientales* (Sanz y Velasco, eds.): 69-98, Valladolid.
- CERDEÑO SERRANO, M. L., 2005: «La zona arqueológica de El Ceremeño.», en A. Jimeno, ed., *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 103-107, Soria.
- CERDEÑO SERRANO, M. L.; GARCÍA HUERTA, M.L.; ARENAS, J., 1995: «El poblamiento celtibérico en la región del Alto Jalón y del Alto Tajo.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos* (Burillo, ed.): 157-178.
- CERDEÑO SERRANO, M. L.; MARTÍN, E., 1995: «Sistemas defensivos de un castro celtibérico: El Ceremeño de Herrería.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtíberos* (Burillo, ed.): 185-190.
- COLLIS, J., 2003: *The Celts. Origin, Myths and Invention.*, Tempus Pub. Ltd., Stroud.

- CORREIA, V. H.; BURGESS, C., 2004: «Habitats fortificados da tardia Idade do Ferro e Romano-republicanos na área de Évora: Quadro geral e problemática.», *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto* en P. Moret y T. Chapa, eds., *Torres, Atalayas y Casas Fortificadas*: 55-63, Jaén
- COTTER, Cl., 2003: «The Cultural Background of Irish Forts with *chevaux de frise*», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 101-118, Lleida.
- DELIBES DE CASTRO, G.; MONTERO, I. eds., 1999: *Las primeras etapas metalúrgicas en la Península Ibérica. II. Estudios regionales.*, Inst. Univ. Ortega y Gasset, Madrid.
- DÍAZ MARTÍNEZ, E., 2003: «An alternative hypotheses for the origin of ferroan ringwoodite in the pumice of El Gasco (Cáceres, Spain).», *Lunar and Planetary Science*, XXXIV: 1318.
- DÍAZ-MARTÍNEZ, E.; SOARES, A.M.M.; KRESTEN, P.; GLAZOVSKAYA, L., 2005: «Evidence for wall vitrification at the Late Bronze Age settlement of Passo Alto (Vila Verde de Ficalho, Serpa, Portugal).», *Revista Portuguesa de Arqueología*, 8 (1): 151-161.
- DÍES CUSÍ, E., 2001: «La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)», *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica* (Ruiz Mata et Celestino Pérez, ed.), Madrid, Centro de Estudios del Próximo Oriente – CSIC: 69-121.
- ESCACENA CARRASCO, J.L.; FERNÁNDEZ TRONCOSO, G., 2002: «Tartessos fortificado.», *Fortificaciones en el Entorno del Bajo Guadalquivir* (Amores, ed.): 109-134, Sevilla.
- ESPARZA ARROYO, A., 1982: «Reflexiones sobre el castro de Monte Bernorio (Palencia).», *Publicaciones de la Institución Tello Tellez de Henáres*, 42: 395-408.
- ESPARZA ARROYO, A., 2003: «Castros con piedras hincadas en el Oeste de la Meseta y sus aledaños.», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 155-178, Lleida.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J.M.; SAUCEDA, M.I.; RODRÍGUEZ, A., 1988: «Los poblados calcolíticos y prerromano de Los Castillejos (Fuente de Cantos, Badajoz)», *Extremadura Arqueológica*, 1: 69-88.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 2005: *Castro de El Raso. Candeleda, Ávila.*, Cuadernos de Patrimonio Abulense, 5, Ávila.
- GAILLED RAT, E., MORET, P., 2003: «La fortification de Pech Maho (Sigeac, Aude) et le problème de ses pierres plantées.», en N. Alonso et alii, *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea*: 119-133, Lleida.
- GARLAN, Y., 1974: *Recherches de poliorcétique grecque.*, B.E.F.A.R., 223, París.
- GIBSON, C.; CORREIA, V. H.; BURGESS, C. B.; BOARDMANN, S., 1998: «Alto do Castelinho da Serra (Montemor-o-Novo, Évora, Portugal). A Preliminary Report on the Excavations at the Late Bronze Age to Medieval Site, 1990-1993.», *Journal of Iberian Archaeology*, 0: 189-224.
- G.I.P. (GRUP D'INVESTIGACIÓ PREHISTÒRICA), 2003: «Caballos y hierro. El campo frisio y la fortaleza de Els Vilars d'Arbeca (Lleida, España).», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea* (Alonso et alii, eds.): 233-274, Lleida.
- GÓMEZ FRAILE, J.M., 2001: Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro, *Memorias Seminario de Historia Antigua*, VIII, Alcalá de Henares.
- GOUKOWSKY, P. (ed.), 1997: *Appien, Le livre ibérique.*, C.U.F., Les Belles Lettres, París.
- HARBISON, P., 1968: «Castros with *chevaux-de-frise* in Spain and Portugal.», *MDAI (M)*, IX: 116-147.
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F.; RODRÍGUEZ, D.; SÁNCHEZ, A., 1989: Excavaciones en el castro de Villasviejas del Tamuja (Botija, Cáceres), *ERE*, Mérida.
- HERNÁNDEZ VERA, J. A., 2005: «Contrebia Leukade», en A. Jimeno, ed. *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*: 129-136, Soria.
- HILL, J.D., 1995: «The Pre-Roman Iron Age in Britain and Ireland (ca. 800 BC to AD 100). An Overview», *Journal of World Prehistory*, 9 (1): 579-583.
- HOGG, A.H.A., 1975: *Hillforts of Britain*, London.
- JAMES, S., 1999: *The Atlantic Celts: Ancient People or Modern Invention.*, British Museum Press, London.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., 1991: «La città di Numancia.», en S. Moscati, ed., *I Celti*: 406-410, Milano.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., ed., 2005: *Celtíberos. Tras las huellas de Numancia*. Soria.
- JIMENO MARTÍNEZ, A.; BENITO, J. P., 1999: «Las defensas numantinas.», *III CAP (Zamora 1996)*: 303-311.
- KOCH, M., 1979: «Die Keltiberer und ihr historische Kontext.», en A. Tovar et alii, eds., *II Col. Lenguas y Culturas Prerromanas* (Tübingen, 1976): 389-402, Salamanca.
- LAWRENCE, A.W., 1979: *Greek aims in fortification*, Oxford, Clarendon Press.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., 1995: «El poblamiento celtíbero en el Alto Valle del Ebro», en F. Burillo, ed., *Poblamiento Celtiberico. III Simposio sobre Celtíberos*: 289-328, Zaragoza.
- LLANOS ORTIZ DE LANDALUZE, A., 2002: *Gentes de la Edad del Hierro en privado. La casa en la Edad del Hierro en Álava.*, Vitoria.
- LÓPEZ, A.; FIERRO, X.; RIERA, M., 2005: «Resultats de les excavacions de 1997 a 2003 a l'oppidum del Turó del Montgròs, El Brull (Osona).», *Món ibèric als Països Catalans. Homenatge a Josep Barberà i Farràs*, I, Puigcerdà: 141-162.
- LORRIO ALVARADO, A.J., 1997: *Los Celtíberos.*, Extra Complutum, 7, Madrid-Alicante.
- LORRIO ALVARADO, A.J., 2001: «El poblado y la necrópolis de El Molón (Camporrobles, Valencia)», *Los*

- iberos en la comarca de Requena-Utiel (A. J. Lorrio, ed.): 151-170.
- LORRIO ALVARADO, A. J.; RUIZ ZAPATERO, G., 2005: «The Celts in Iberia. An Overview.», en M. Alberro y B. Arnold, eds., *The Celts in the Iberian Peninsula*, e-Keltoi, 6: 167-254, U. Wisconsin.
- MARCO SIMÓN, F., 1996: «¿Volcas en Hispania. A propósito de Livio, 21, 19, 6.», *Études Celtiques*, XXXII: 43-49.
- MARCO SIMÓN, F., 2004: «Acerca de las migraciones célticas a la Península Ibérica.», en F. Marco, F. Pina y J. Remesal, eds., *Vivir en tierra extraña: Emigración e Integración en el Mundo Antiguo*, Colección Instrumenta, 10: 77-93, Barcelona.
- MARCOTTE, D., 2006: «De l'Ibérie à la Celtique: Géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe.», en G. Cruz, P. Le Roux y P. Moret, eds., *La Invencción de una geografía de la Península Ibérica. I. La Época Republicana*: 31-38, Málaga.
- MARTÍN CAMINO, M.; MARÍN BAÑO, C., 1993: «Informe de la segunda actuación arqueológica en el Hogar-Escuela de 'La Milagrosa'.», *Memorias de Arqueología*, 4. Primeras Jornadas de Arqueología Regional (Murcia, 1990), Murcia: 123-128.
- MARTÍN BRAVO, A. M., 1999: *Los orígenes de Lusitania. El Primer Milenio A.C. en la Alta Extremadura*, BAH, 2, Madrid.
- MARTÍN VALLS, R., 1983: «Las insculturas del castro salmantino de Yecla de Yeltes y sus relaciones con los petroglifos gallegos», *Zephyrus*, XXXVI: 217-231.
- MARTÍN VALLS, R., 1985: «La Prehistoria del Valle del Duero.», *Historia de Castilla y León, Ámbito*, I: 94-96, Valladolid.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L., 1983: «La Cultura castreña romana. Su etapa romano provincial», *Lancia*, 1: 221-262.
- MAYA GONZÁLEZ, J.L.; CUESTA, F., 2001: *El castro de La Campa Torres. Período Prerromano*, UTP Editorial, Gijón.
- MORET, P., 1991: «Les fortifications de l'âge du Fer dans la Meseta espagnole: origine et diffusion des techniques de construction.», *Mélanges CV*, XXVII (1): 5-42.
- MORET, P., 1996: *Les fortifications ibériques de la fin de l'âge du Bronze à la conquête romaine*, Coll. Casa Velázquez, 56, Madrid.
- MORET, P., 2004: «Celtibères et Celtici d'Hispanie: Problèmes de définition et d'identité.», *Pallas*, 64: 99-120.
- MORET, P., 2006 a: «Torres circulares del Bajo Aragón y zonas vecinas: hacia la definición de un modelo regional.», *Arquitectura defensiva. La protección de la población y del territorio en época ibérica* (A. Oliver Foix, ed.), Castellón, Sociedad Castellonense de Cultura: 187-218.
- MORET, P., 2006 b: «Architecture indigène et modèles hellénistiques: les ambiguïtés du cas ibérique.», *L'hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques (260 – 180 av. J.-C.)*, Actes du colloque international de Toulouse, 31 mars – 2 avril 2005, *Pallas*, 70: 207-227.
- MORET, P.; BENAVENTE, J.A., 2000: «Nouvelles recherches sur l'habitat de l'âge du Fer dans la vallée du Matarraña (Bas Aragon)», III CAP (Vila Real 1999), *Proto-História da Península Ibérica* (Berrocal-Rangel et alii, eds.), V: 327-344, Porto.
- MOSCATI, S., ed., 1991: *I Celti*. Bompiani, Milano.
- PALOL, P. de, 1964: «La muralla céltica del poblado de El Soto de Medinilla.», CNA (Zaragoza 1964), VII: 275-276.
- PEREIRA SIESO, J.; RUIZ TABOADA, A.; CARROBLES, J., 2003: «Aportaciones del C-14 al mundo funerario carpetano: La necrópolis de Palomar de Pintado.», *TP*, 60 (2): 153-168.
- RODERO OLIVARES, V. M., 2005: «Poblados fortificados del Suroeste peninsular en el Período Orientalizante», en A. Ruibal, ed., III Congreso de Castellología Ibérica: 163-189, Guadalajara.
- ROMERO CARNICERO, F., 2003: «Piedras hincadas en el Oriente meseteño.», *Chevaux-de-frise i fortificació en la Primera Edat del Ferro Europea* (Alonso et alii, eds.): 179-208, Lleida.
- ROMERO MASIÁ, A., 1976: *El hábitat castreño. Asentamientos y Arquitectura de los castros del Noroeste Peninsular*, Publicaciones del Colegio Arquitectos de Galicia, Santiago.
- RUIZ MATA, D.; NIVEAU, A.M.; VALLEJO, J.I., 1998: «La ciudad tartésica-turdetana.», en C. Aranegui, ed., *Los Iberos, Principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad iberica*: 65-82, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 1985: *Los campos de urnas del Noroeste de la Península Ibérica*, U. Complutense, Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001: «Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas.», en M. L. Ruiz-Gálvez, ed., *La Edad del Bronce, ¿La Primera Edad del Oro de España?»*: 257-290, Barcelona.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D., 1995: «Reflexiones en torno al modelo de poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero.», *Poblamiento Celtibérico* (Burillo, ed.): 369-372, Zaragoza.
- SACRISTÁN DE LAMA, J.D.; SAN MIGUEL, L.C.; BARRIO, J.; CELIS, J., 1995: «El poblamiento de época celtibérica en la Cuenca Media del Duero.», *Poblamiento Celtibérico. III Simposio sobre Celtiberos* (Burillo, ed.): 337-367.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J.; FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; OREJAS, A., 1996: *La Zona Arqueológica de Las Médulas*. León. Guía Arqueológica., Salamanca.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J.; OREJAS, A.; SASTRE, I., 2002: «Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del NW de la Península Ibérica.», en M.A. De Blas y A. Villa, eds., *Los poblados fortificados del Noroeste*: 241-259.

- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997: Los vacceos. Cultura y Ritos funerarios de un período prerromano del Valle Medio del Duero. La necrópolis de las Ruedas, Padilla de Duero, Valladolid., Memorias. Arqueología en Castilla y León, 6, Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO, J.; CENTENO, I.; GALLARDO, M.A.; DEL OLMO, J., 2003: «Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano.», en C. Sanz y F. Velasco, eds., Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea: 45-65, Valladolid.
- SASTRE, I., 2002: «Forms of social inequality in the Castro Culture of Northwest Iberia.», *European Journal of Archaeology*, 5 (2): 213-248.
- SILVA, A. COELHO FERREIRA DA, 1986: A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal., Museo Arqueológico da Citanía de Sanfins., Paços da Ferreira.
- SOARES, A. MONGES, 2003: «O Passo Alto. Uma fortificação única do Bronze Final do Sudoeste.», *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 6.2: 293-312.
- UNTERMANN, J., 2001: Die Vorrömische Sprachen der iberischen Halbinsel. Wege und Aporien bei ihren Entzifferung., Nordrhein-Westfälisch Akademie der Wissenschaften, G375, Wiesbaden.
- VÉLEZ RIVAS, J.; PÉREZ AVILÉS, J. J.; CARMONA, M., 2004: «El Cerro de las Cabezas. Una ciudad fortificada.», *Investigaciones Arqueológicas en Castilla la Mancha 1996-2002*: 91-104, Salamanca.
- VICENTE REDÓN, J.; ESCRICHE, C.; PUNTER, M. P., 1985: «Las construcciones defensivas del poblado ibérico del Cabezo de San Pedro (Oliete, Teruel).», *Museo de Zaragoza*, 4: 63-94.
- VILLAR, F.; DÍAZ, M. A.; MEDRANO, M.; JORDÁN, C., 2001: El IV Bronce de Botorrita (Contrebia Belsaisca): Arqueología y Lingüística, U. Salamanca.
- VILLA VALDÉS, A., 2001: «Descripción de estructuras constructivas en el castro del Chao Samartín.», *Boletín Museo Provincial de Lugo*, IX: 367-419.
- VILLA VALDÉS, A., 2002: «Periodización y registro arqueológico en los castros del ccidente de Asturias», *Los poblados fortificados del NW (De Blas y Villa, eds.): 159-188*, Navia.
- VILLA VALDÉS, A.; CABO, L., 2003: «Depósito funerario y recinto fortificado de la Edad del Bronce en el castro del Chao Samartín: Argumentos para su datación.», *TP*, 60 (2): 143-152.
- WINTER, F.E., 1971: *Greek Fortifications*, Toronto.
- YOUNGBLOOD, E.; FREDRIKSSON, B. J.; KRAUT, F.; FREDIKSSON, K., 1978: «Celtic Vitriified Forts: Implications of a Chemical-Petrological Study of Glasses and Source Rocks.», *Journal of Archaeological Science*, 5: 99-121.